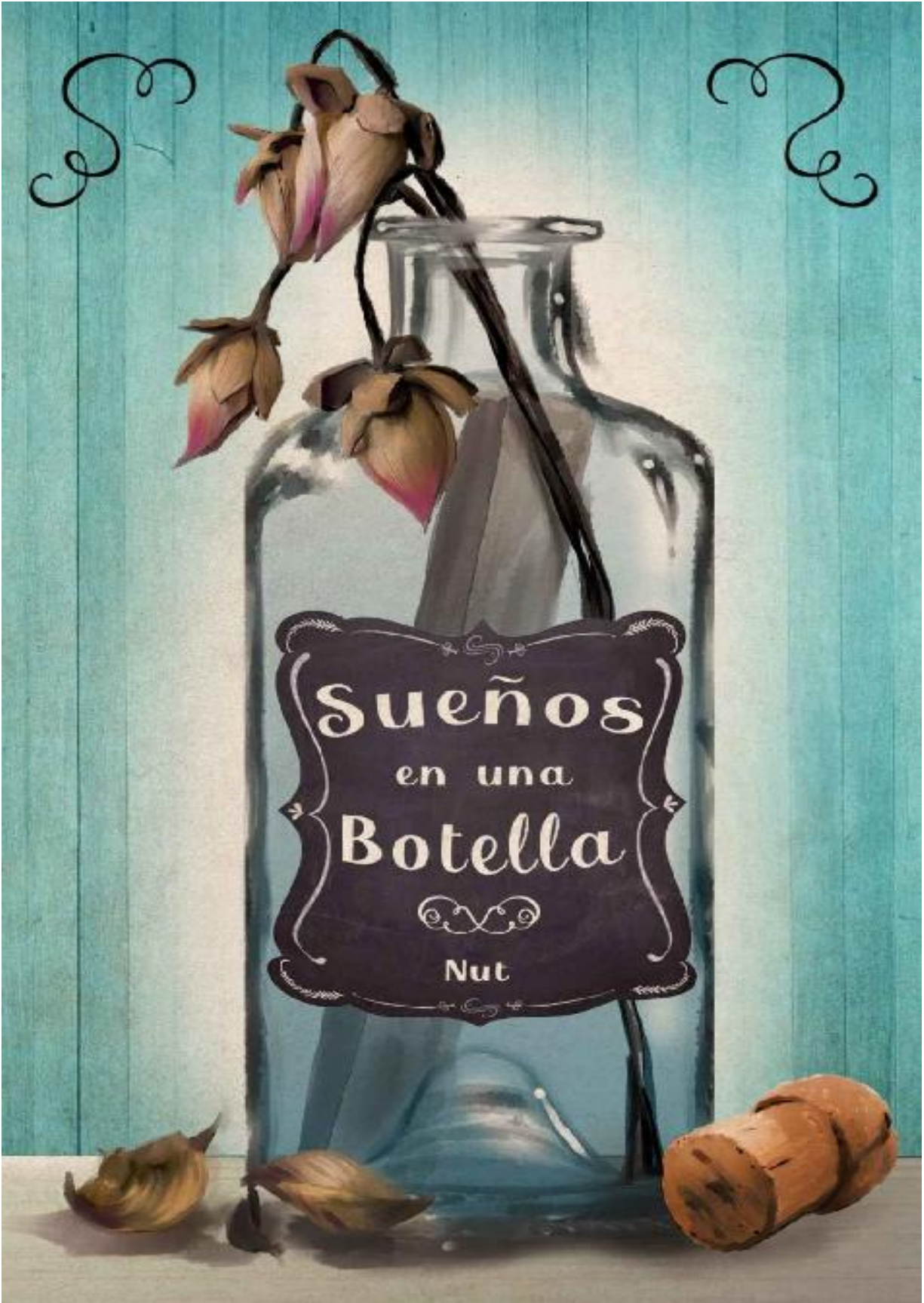




Sueños
en una
Botella
Nut

D.J.57



Sueños
en una
Botella
Nut

Sueños en una botella



Sueños
en una
Botella
Nut



Primera edición: agosto 2020

©Nut

Diseño de portada: Laura Isabel Bartolomé Carpena

doriannelor@gmail.com

Corrección: Vanesa Medina

Maquetación: Nut

Todos los derechos de la obra pertenecen a su autora.

Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como su distribución sin el permiso por escrito de la autora.

ADVERTENCIA. El relato titulado “Soy todo tuyo”, puede herir la sensibilidad del lector.

*¿Es cuanto parecemos y vemos
tan sólo un sueño dentro de otro sueño?*

Un sueño dentro de otro sueño
Edgar Alan Poe (1809-1849)

Índice

[Monstruos de papel](#)

[El último truco o trato](#)

[Efímera juventud](#)

[Perdedores](#)

[Soy todo tuyo](#)

[Jornada laboral](#)

[Infancia robada](#)

[Testigo](#)

[Sesión continua](#)

[Sueños en una botella](#)

[La Casa del Terror](#)

[Dos caras de una misma moneda](#)

[Soñar te hará libre](#)

Monstruos de papel

—Los monstruos están ahí siempre que cierro los ojos.

—Los míos aparecen cuando los abro.

—A ver... ¿quién quiere salir ahora? —preguntó Mary.

Varias docenas de manos infantiles se alzaron con precipitación, sacudiéndose en el aire para mostrar su descontrolada impaciencia. Mary las contempló henchida de orgullo; el entusiasmo de sus pequeños alumnos de seis años siempre la llenaba de una satisfacción profesional que en ocasiones rozaba la inmodestia.

—Jason. —Apuntó con el mentón a un niño regordete sentado en el tercer pupitre de la fila central—. ¿Quieres enseñarnos tu dibujo?

Jason bajó de la silla ilusionado, tanto que los nervios le hicieron trastabillar y a punto estuvo de caer al suelo. Los otros alumnos celebraron su torpeza a carcajadas. Él, luciendo una sonrisa pintada de chocolate, correteó con el dibujo apretujado entre los dedos hasta donde su profesora le esperaba, ignorando feliz las agudas risas.

—¿Cómo se llama tu monstruo, Jason? —le interrogó la mujer acucillándose a su lado.

El niño estiró los brazos y mostró su obra a los expectantes compañeros sujetándola con ambas manos, tan tensa su pose que el papel amenazaba con rasgarse.

—¡El Terrible Hombre Brócoli! —anunció usando un tono grave y tenebroso que pretendía asustar, aunque lo único que logró fue arrancar más risotadas infantiles. En el papel, entre pegajosas manchas marrones, se podía apreciar una figura imprecisa, que recordaba vagamente a un ser humano de color verde musgo con cabeza de alcachofa.

—¿Y qué te da miedo del «terrible hombre brócoli»? —inquirió Mary, recogiendo detrás de la oreja del crío un rizo rebelde de su negra pelambreira.

—Mis padres dicen que si no me como todo el brócoli vendrá él y me comerá a mí —declaró abriendo mucho los ojos y asintiendo con el convencimiento de un erudito.

La sonrisa benevolente de Mary no desapareció, pero tras sus labios los dientes se apretaron hasta rechinar unos contra otros.

Los padres, siempre ellos. Necios egoístas que infiltraban en aquellas maravillosas mentes miedos y baldías supersticiones sin querer ser conscientes del daño que sembraban. En honor a esos padres olvidadizos y patéticos, empeñados en repetir con sus hijos los mismos errores que sus progenitores cometieron con ellos, cada Halloween ponía en práctica junto a sus niños «el pequeño exorcismo del monstruo», como le gustaba definir aquel sencillo experimento más psicológico que pictórico.

—Pero no tenemos que tenerle miedo, ¿verdad, Jason? —El niño sacudió la cabeza a un lado y a otro con tanta fuerza que le temblaron los mofletes—. Porque los monstruos...

—¡No existen! —concluyeron los niños con un grito triunfal y escandaloso.

—Por eso no pueden hacernos daño —sentenció Mary, irguiéndose con aire victorioso, acogiendo aquellas voces estridentes como el mejor premio a sus esfuerzos.

Si de pequeña alguien hubiera tenido la deferencia de ayudarla a deshacerse de sus monstruos como ella ayudaba a sus alumnos, quizás su infancia no sería el lúgubre recuerdo invadido de sombras e indefinidos temores que era.

«Como no te portes bien, vendrá el Hombre Oscuro y te hará cosas malas».

Durante años, aquella repetida amenaza doméstica la hizo vivir en un estado de aprensivo nerviosismo. Creció como una niña asustadiza e insomne, que por las noches, al cerrar los ojos, intuía en los rincones de su dormitorio la presencia agazapada de aquel hombre sin rostro que aguardaba alerta para saltar sobre ella justo en el instante en que dejara de ser una niña buena. Un ente de quien sabía, únicamente, que existía para causarle un incierto daño que por desconocido, era aún más aterrador.

—¿Quién quiere salir ahora? —preguntó, desterrando de sus pensamientos al Hombre Oscuro, obsoleto fantasma vencido hacía ya mucho tiempo a fuerza de voluntad, y animando a Jason con un empujoncito maternal a regresar a su asiento.

De nuevo los niños apuntaron al techo con sus enérgicos brazos. Incluso aquellos que ya habían participado mostrando su dibujo se unieron al resto, deseosos de repetir aquel instante de inocente gloria. Y de nuevo Mary, para su disgusto, percibió, al igual que había ocurrido en cada anterior ocasión, la ausencia de una mano alzada en el último pupitre de la fila junto a la

ventana. La niña que lo ocupaba, fiel a su mal hábito, no se había dignado a mostrar el más mínimo interés por lo que sucedía a su alrededor.

Mary torció el gesto. En cada curso, con cada nueva avalancha de niños, aparecían uno o dos alumnos que, por indescifrables motivos, le inspiraban un frío rechazo, el cual, aun siendo poco profesional, se veía incapaz de remediar. Ese era el caso de aquella criatura introvertida y taciturna. No sabía qué detestaba más de ella, si el pelo encrespado y negro que coronaba su testa siempre inclinada, el rostro macilento y anguloso, los huidizos ojos azules que nunca miraban de forma directa a nadie o la inquietud y repulsa que inspiraba en los otros alumnos.

—Lily, ¿has hecho tu dibujo? —le preguntó, a sabiendas de que muy posiblemente no había cumplido con su tarea.

Lily no respondió, se levantó sin alzar la vista y, tomando de su pupitre una hoja de papel, caminó con pasos cortos y amortiguados bajo la mirada atenta y silenciosa de los demás alumnos. Al llegar junto a Mary se detuvo, los huesudos brazos flácidos a los lados del cuerpo y la hoja pendiendo de su mano inerte.

—¿Cómo se llama tu monstruo? —la interrogó, alzando suspicaz una ceja.

—El Hombre que Sonríe —respondió en un susurro.

Algunas risitas afloraron entre los niños.

«El hombre que sonríe», pensó Mary, resignada. «¡Qué falta de imaginación!».

—¿Y por qué te da miedo? —continuó, sin mucho interés.

—Porque por las noches se mete en mi cama —respondió en una pausada locución que hizo que todos los ojos se posaran en ella con recelosa curiosidad—. Se sienta encima de mí, me aplasta y me hace daño.

Mary percibió la corriente de alarma que, semejante a un latigazo, recorrió el aula.

—No te puede hacer daño —se apresuró a corregir Mary—. Porque los monstruos...

—¡No existen! —corearon los niños, pero sin el entusiasmo esperado.

Lily inclinó un poco la cabeza para poder mirar de soslayo a su profesora.

—Él mío sí —musitó con voz ronca.

Mery no supo si fueron los inesperados golpes en la puerta lo que la hicieron dar un respingo o la visión fugaz de las hondas, dilatadas y huecas pupilas, que

eran los ojos de aquella niña.

—Señorita Renfield. —La airosa cabeza de la directora asomó tras la puerta—. El señor Myers, el padre de Lily, ha venido a recogerla —anunció—. Tiene cita con el médico.

—Ve a por tus cosas. —No sin cierto alivio, Mary empujó a la niña apartándola de su lado—. No hagas esperar a tu padre —le instó, al tiempo que distraída tomaba la hoja que Lily le tendía—. Ningún monstruo es real. Sólo existen en los cuentos —recitó examinando con desaprobación el dibujo—. Por eso no pueden hacernos daño.

«Ni seres imaginarios sabe dibujar», caviló con desdén mientras contemplaba la torpe ilustración esbozada en el papel de un hombre alto y por completo calvo, que lucía una sonrisa ancha trazada de oreja a oreja, y que por ojos tenía un par de borrones azul cobalto pintados con exagerado vigor.

—Gracias, señorita Renfield —oyó decir desde la entrada a una voz desconocida.

Se giró y lo descubrió allí. Descubrió al hombre alto, calvo, con su blanca sonrisa de oreja a oreja y sus ojos profundos, azules, penetrantes hasta la repulsión, sujetando la mano de su hija Lily. Y también vio el rostro de la niña vuelto hacia ella, mirándola directamente por primera vez. Vio las pupilas inyectadas de un inhumano espanto, vio los mortecinos labios silabeando un tembloroso y mudo alarido de auxilio... y la sangre se le volvió hielo en las venas.

Fue entonces cuando Mary Renfield comprendió una verdad irrefutable: los únicos monstruos que no podían causar daño, eran los de papel.

El último truco o trato

Después de todo
la muerte es sólo un síntoma
de que hubo vida.
Mario Benedetti (1920-2009)

El dolor para Ted era como una telaraña pegada a esa parte del cerebro que aún le funcionaba. A veces la sentía igual que sutiles hilos que serpentearan por los intersticios de su razón, provocando una quemazón poco soportable allá por donde discurrían. Otras, las que más, las hebras se volvían afiladas y consistentes, se tensaban, se endurecían, se expandían, y entonces toda su mente, todo su cuerpo, era una gran telaraña flamígera, en cuyo centro, igual que una diminuta mosca torturada, se debatía su pobre conciencia agonizante.

Era en esa naciente eternidad cuando sus sentidos se exacerbaban y el mundo, hasta entonces una leve nebulosa, se consolidaba a su alrededor con insoportable nitidez. Su cuerpo consumido y exánime, allí donde antes no había sensación alguna, apreciaba con total claridad hasta la última imperfección del colchón. La suavidad y la tibieza de las sábanas, le dejaban en la piel un tacto áspero y quebradizo; la almohada empujaba contra su cabeza, como si tratara de colarse dentro. El olor a desinfectante, jabón y ropa limpia, a aséptica farmacia, el irreverente tufillo de la agonía, fluía, sorprendentemente sólido, por su garganta. Hasta sus oídos llegaba con claridad meridiana, punzante como un estilete, el crujido del suelo de madera, de los muebles, el golpeteo de la «bolita» en el interior del flujómetro del sistema que administraba el oxígeno, el palpitar de la bomba de infusión intravenosa que cada cuatro horas, cada cuatro infinitas, insufribles y desgarradoras horas, introducía con puntualidad en sus venas la bendita morfina. Podía escuchar incluso a Lucy hablando tras la puerta entornada; otra vez esgrimiendo la misma súplica incansable, otra vez recibiendo la misma respuesta condescendiente cargada de resentida incomodidad, de hipócrita impotencia.

—Entiendo lo que me pide, señora Harris. Créame que desearía que estuviera en mis manos. No me vea solo como un médico que rellena recetas.

—Usted podría...

—En otro estado, en otro país, tal vez. Pero aquí ni siquiera está contemplado el suicidio asistido. Me convertiría a los ojos del mundo en un asesino.

—Un asesino es el que arrebató la vida a otro. ¿Qué vida le arrebató usted a mi Ted? Usted y los otros médicos dicen que apenas le queda una semana. ¡Una semana! ¿Por qué le atormentan de este modo? ¿Acaso no ha sido toda su vida un buen hombre trabajador y cristiano? ¿Un buen marido? ¿Un buen padre? ¿Se merece morir en ese infierno? A una mascota se le da el consuelo de una muerte indolora, ¿por qué mi esposo es menos digno que un animal?

—No está en mis manos señora Harris sino en las de Dios, que él decida.

Ted escuchó el sollozo apagado de su esposa y otro tipo de dolor, muy diferente al provocado por el cáncer que le consumía las entrañas, le aceleró el corazón. A través de la mascarilla de oxígeno que le cubría nariz y boca trató de llamarla, de atraerla a su lado para alejarla de aquel indigno discípulo de Hipócrates, y un quejido cavernoso que le supuso demasiado esfuerzo, provocó que la tela de araña ramificada por su cuerpo se inflamara con más intensidad.

—Váyase. —La voz de Lucy sonó afligida pero firme—. Si ya ha hecho todo lo que podía no le necesito aquí para nada. Lárguese con su legalidad y su sentido de la ética y métaselo por donde le quepa.

«¡Qué mujer!», pensó Ted con el orgullo de un marido que, en cuarenta años de matrimonio, no ha dejado de amar a su esposa ni un solo día.

La oyó entrar en la habitación y sentarse junto a su cabecera. Notó su mano, algo huesuda pero tersa, tomar la suya, los dedos de la otra rozarle con cariño la rala cabellera frágil y grisácea. Quiso sonreírle, decirle que no se preocupara, que todo saldría bien, pero apenas logró mover los labios.

—Ya está, cariño —le consoló Lucy—. No te esfuerces, corazón. —La mano de ella le estrechó con controlada fuerza la suya—. Estamos solos nosotros dos; me deshice de ese matasanos bueno para nada. ¿Sabes lo que estaba haciendo antes de que llegara? Preparar las fuentes de caramelos y la fruta escarchada, y adornar el porche como a ti te gusta, con las calabazas en los escalones y ese feo espantapájaros sentado en la mecedora. He colgado los fantasmas en las ventanas y en la puerta principal tu querida bruja. Está un poco apolillada pero eso le da un mayor encanto, ¿verdad que sí?

Los párpados de Ted, delgados y frágiles como papel de fumar, se estremecieron. Una rendija a través de la que podía distinguirse un resquicio de unos ojos lechosos, se abrió en ellos. Sus labios, ulcerados y secos, trataron sin lograrlo, de bosquejar una sonrisa tras la empañada mascarilla de oxígeno.

El sonido de pasos y risas lejanas al otro lado de la ventana, llenó el silencio que se abatía sobre la estancia. Al poco, una campanilla estridente repiqueteó por toda la casa.

—Tranquilo, no me muevo de tu lado —negó Lucy al ver que el cantarín estrépito le agitaba—. Me quedo contigo. Ya volverán. La noche apenas acaba de empezar.

Ted alzó lánguida y pesada una mano donde los huesos se marcaban con macabro detalle bajo la amarillenta y marchita carne. Acertó tanteando a posarla sobre la mascarilla, que apartó hacia un lado con gesto derrotado.

—¿Truco o trato? —musitó con una desmayada mueca que pretendía ser una sonrisa.

La pesada sombra de la amargura emborronó el cansado rostro de Lucy. Su cabeza, coronada por una cabellera entrecana y algo desaliñada, se movió arriba y abajo con resignación mientras volvía a colocarle la mascarilla.

—Está bien, Ted, si es lo que te hace feliz, bajaré a darle a esos niños su truco o trato.

Una vez que supo que ella había abandonado la habitación, Ted se permitió emitir un largo y quejumbroso lamento. Volvió la cabeza hacia su izquierda, allí donde sabía, aunque apenas pudiera distinguirla, que se hallaba la bomba de infusión. ¿Cuánto había pasado desde la última dosis? ¿Cuánto más tendría que esperar? No importaba, el tiempo se volvía inagotable cuando la telaraña reptaba por todo su ser, retorciéndole las entrañas, envolviéndolo como una prensa que comprimiera sus miembros milímetro a milímetro.

Respiró con trabajosa dificultad. Tomó una bocanada de aire, dos, tres.

«Por favor», pensó. «Por favor», suplicó, con la ciega mirada puesta en el impávido aparato destinado a calmar su agonía cada cuatro horas, cada cuatro espantosas horas. «Por favor», lloró sin lágrimas cuando los miles de hilos de su particular tela de araña se fundieron en uno solo para transfigurarse en un único pulso rítmico, puntual, desgarrador, obscenamente inhumano.

Entre los retazos de conciencia creyó oír voces infantiles, risas, frases gritadas al viento: «Póngase bueno pronto, señor Harris». «Le echamos de menos, señor Harris». «El año que viene no falte», y el dolor que le estaba quitando la vida, no le pudo robar también la felicidad de aquellas voces joviales, de su cariño fugaz, de su ingenua confianza.

—Ted, aguanta. Aguanta, cariño.

Lucy estaba de nuevo junto a él, sosteniéndole la mano que, como todo su cuerpo, se sacudía con rígidos espasmos, aunque no era su contacto suave y amoroso lo que percibía, sino la caricia hecha dolor traspasándole la piel, la carne, hundiéndose en unos huesos que parecían gelatina.

—No —susurró, y su voz sonó a través de la mascarilla serena—. No quiero aguantar más. —Miró a su esposa a los ojos, unos ojos que antaño fueron de un azul feliz y que ahora, tan injustamente, se hallaban arrasados por el dolor y la impotencia, y después miró hacia la bomba de morfina—. Un último truco o trato.

—Ted —gimió, comprendiendo, con la clarividencia de siempre, lo que su esposo le pedía. Se llevó la mano del hombre a los labios y la besó ocultando el rostro en el gesto—. Por todos los santos, Ted, no me pidas eso. No mi amor, por favor, no...

—Te quiero —dijo, y algo de la marchita belleza de la que antaño gozara su rostro, afloró tras el velo del padecimiento—. Siempre te querré.

Lucy lloró. Ted no supo durante cuánto tiempo, porque el tiempo se volvía blando e infinito cuando la telaraña le ceñía la conciencia. Lloró sobre su mano, sin mostrarle el rostro, y sus lágrimas le bañaron la piel como lluvia ácida. Lloró hasta que, con una furia ruidosa y agitada, se levantó para arremeter contra la bomba de infusión y golpear una y otra vez con saña y odio el cajetín cerrado con llave que protegía el teclado numérico dispensador de dosis. Golpeó hiriéndose los nudillos, las palmas, los dedos, rompiéndose las uñas, hasta que la tapadera cedió y entonces solo se escuchó su acelerada respiración y el leve pitido que anunciaba una dosis más.

Una, dos, tres, cuatro, cinco...

Ted perdió la cuenta cuando la morfina, ¡bendita morfina!, inundó sus venas. Luego solo fue consciente del cuerpo de su esposa agradablemente acurrucado a su lado, de su olor dulce, de sus lágrimas calientes y suaves mojándole el cuello.

«¡Qué mujer!», fue su último y gozoso pensamiento.

Efímera juventud

Cansado, se limpió el sudor con la manga del abrigo; ya no era tan joven, debería admitirlo de una vez por todas. Decidió tomarse un breve descanso para recuperar el aliento, un par de minutos si acaso. Estaba amaneciendo y quería regresar a casa antes de que nadie pudiera advertir su ausencia.

Contempló el aterciopelado paisaje que le rodeaba y al aspirar el sutil perfume a tierra removida, sonrió.

Se hallaba en mitad de una pequeña planicie tapizada con una mullida capa de hierba, húmeda de escarcha, que moría con mansedumbre en los márgenes del lago. A su espalda, el perfil de las montañas recortaba un cielo blanquecino que parecía querer engullir a la púrpura madrugada obstinada en no extinguirse. Las hayas que se alineaban erguidas a lo largo del sendero, demasiado alejadas del lago para mirarse en él, exhibían sin pudor sus desnudas ramas invernales. Frente a él, en la orilla, un viejo roble fornido con abundante ramaje en su deshojada copa, se inclinaba sobre las inmóviles aguas recreándose en su perfecto reflejo, al igual que hacía un solitario serval, joven, de tronco huesudo y ramas delgadas, que crecía unos metros más abajo.

Chasqueó la lengua, molesto. De alguna manera había olvidado lo hermoso que era aquel solitario rincón del mundo y eso resultaba imperdonable. ¿Acaso no se trataba de una pieza fundamental del gran proyecto? ¿No regresaba cada año, desde hacía diez, en la misma fecha y no en otra, para compartir su belleza temporal con sus elegidos, para hacerles participe y protagonistas de aquel espíritu de imperturbable sosiego que tanto le había fascinado la primera vez?

Suspiró. Sí, debía de estar haciéndose viejo si olvidaba algo tan importante.

Bajó la vista hacia la pala que sostenía, sucia de barro y tierra, y la fosa abierta a sus pies. Aún le quedaban unas cuantas paladas para terminar de cubrirla; al final no iba a llegar a tiempo para desayunar con los niños.

Escuchó un murmullo ahogado que procedía del fondo de la sepultura, se asomó y vio que la tierra húmeda y oscura se agitaba débilmente.

—Tranquilo, tranquilo —rezongó hundiendo la pala en un montículo de tierra próximo—. Terminó en un momento. Ten un poco de paciencia, ya no

soy tan joven.

Perdedores

“¿Quién es sabio? El que prevé las consecuencias”
Talmud, Tamid 32ª

En la Ciudad Vieja de Hebrón, el sol del mediodía quemaba las laberínticas azoteas semejantes a islotes solitarios en un mar de arracimados edificios. Las omnipresentes alambradas de espino ancladas a los muros, tangible frontera entre colonos y palestinos, dibujaban sombras macabras en las losas del suelo. Joel Lewin, desde el parapeto construido alrededor de su pequeña garita militar, vigilaba la azotea adyacente, unos cinco metros por debajo, en donde un joven permanecía firme sobre sus pies separados con las manos a la espalda y la cabeza alzada. A esta pose notoriamente provocadora, Joel había respondido como era su costumbre, cruzando el fusil sobre el pecho y situando con desapego el dedo en el gatillo. Solía resultar un exitoso gesto disuasorio; en cuestión de segundos, aquellos que le importunaban con sus acusadores ojos, abandonaban el lugar. Pero aquel tipo parecía no darse por aludido.

¿Cuánto llevaba allí? ¿Veinte minutos? ¿Treinta? Algo por completo inusual. Los palestinos no subían a las azoteas de sus casas a contemplar el paisaje ni a perder el tiempo en una estéril lucha de miradas intimidatorias. Si se dejaban ver era para, aprovechando un descuido, causar destrozos en las casas de los colonos o incluso tratar de agredirlos, algo que él, como soldado israelí, como miembro de la comunidad, había jurado evitar al precio que fuera. Esa era la misión que Dios le había reservado, aunque no siempre fue consciente de ello.

Siendo niño, allá en Buenos Aires, su madre le avergonzaba arrastrándolo hasta la sinagoga vestido con primor y pulcritud, y tocado con la kipá. Entre rezo y rezo le aburría con historias, que parecían sacadas de un cuento macabro, sobre judíos esclavizados, arrancados de sus hogares por babilonios y romanos. Historias que hablaban de suicidios en masa, de horrendas torturas, de la muerte de millones de inocentes en hogueras, en cámaras de gas; de injustas e interminables persecuciones nacidas de la ignorancia, la envidia y el egoísmo humano. Historias que resumían la existencia de un pueblo de hombres sin patria abocados a una huida interminable, a una escapada hacia la supervivencia en países ajenos que los

despreciaban y en donde nunca eran bienvenidos; una nación que perduraba en el tiempo sustentada por la esperanza de retornar algún día a esa tierra que, sin conocerla, añoraba.

Al principio, no supo ni tuvo interés en ir más allá de las palabras, en comprender de qué forma estaba ligado a un sufrimiento que le resultaba lejano e intangible. No fue hasta años después, que los retazos de realidad con los que su madre eternizaba las tardes en la sinagoga, tomaron forma. Se convirtieron en datos, fechas, apuntes históricos, imágenes reales, y renacieron a sus ojos de adolescente inconformista y contestatario, como el legado de un pueblo disgregado, pero indivisible y digno, que merecía justicia.

—¿A vos qué carajo se le perdió en el polvorín del mundo?! —le increpó su padre el día que le dijo que pensaba hacer un viaje al Estado de Israel—. ¿Ya se la pasó la vieja inflándote de macanas la cabeza? Deja de hacer el pelotudo y búscate un trabajo.

Pero, qué podía entender su padre, un judío solo de apellido que había reemplazado a Dios por el Pelusa, de sus inquietudes religiosas. Qué podía entender un viejo oficinista sin aspiraciones ni futuro, arraigado a una tediosa existencia conformista, de la acuciante sensación de descontento y hastío que le roía las entrañas, de la rabia y el asco que le provocaba toda la estéril existencia que le envolvía. Nada. Como tampoco supo entenderle cuando, tras dos meses viviendo en Hebrón, lo llamó para decirle que había solicitado la ciudadanía israelí y que no pensaba regresar.

—¡La puta que te parió! —fue lo último que escuchó decir a su padre, antes de que éste le colgara.

Tal vez si hubiera visto lo que él vio, si aquella tarde, dos semanas después de llegar a la ciudad, como él su padre hubiera estado en mitad de la pequeña plazoleta para sentir las balas zumban en sus oídos igual que furiosos moscardones y ver las cabezas de los niños judíos que jugaban, reventar como sandías maduras, tal vez sí habría comprendido su decisión. Quizás incluso, por primera vez, habría apoyado a su hijo.

Quiso Dios que fuera él y no otro, testigo y superviviente de aquella atrocidad injustificable, quien viera la verdad y el desamparo de unos hombres y mujeres que solo buscaban recuperar las raíces que guerras, matanzas y pactos políticos, habían tratado de arrebatarles. Quiso Dios mostrarle el camino... y él supo seguirlo.

Joel Lewin, sin apartar el dedo del gatillo, alzó el cañón del fusil hacia el cielo con un movimiento premeditadamente lento, y sonrió.

Zahi Bassir, firme sobre sus pies, leyó en el gesto del soldado todo su desprecio, toda su intransigencia, todo su fanatismo, pero no sintió miedo.

—El miedo se aprende —solía decirle el Imán Houzi—. Tú vives en un barrio rico aquí en París. Tienes unos padres que te miman como a un príncipe. Te sirven criados que te obedecen. Vas a escuelas privadas donde te respetan. El miedo no forma parte de tu vida. En cambio —añadía alzando un dedo adoctrinador—, tus hermanos de Palestina crecen sabiendo lo que es el miedo, pero no se dejan doblegar por él. Cada uno es un mártir que será recompensado por Dios en el paraíso.

Tanta vacua palabrería le hacía reír. Él no creía en mártires, no creía en Dios, pero sí en aquello que podía ver y tocar. Por eso era curioso, siempre lo había sido, y atendía a las enseñanzas del Imán para poder hurgar en ellas sembrando dudas, cuestionando su racionalidad, en un intento más frívolo que erudito, de abatir el castillo de naipes sobre el que se asentaba una teología atávica e inmovilista.

—Preguntas. Preguntas —se quejaba el Imán Hauzi cuando su paciencia se diluía—. Eres un mal musulmán Zahi. Un joven sin fe. Debes visitar los lugares santos para recuperarla.

Y así había hecho, pero no porque pensara que pasearse por la Medina o dejarse atropellar por la marea humana de la Meca pudiera devolverle algo que nunca había poseído ni quería poseer, sino porque disponía del tiempo, dinero y la cantidad justa de tedio para hacerlo.

Jerusalén tendría que haber sido el final de su periplo tras una rápida visita a la Explanada de las Mezquitas, pero alguien le habló de Hebrón y recordó lo que el Imán Hauzi le había contado sobre las iniquidades que los palestinos de aquella ciudad tenían que soportar.

«Ver y tocar», pensó, mas empujado por el aburrimiento que por un verdadero interés.

En su primer día en la ciudad descubrió con indignación que de poco le servía su dinero ni su pasaporte francés. Para los soldados de los *checkpoints* era un musulmán más al que humillar, registrar, interrogar e intimidar. Se enfureció cuando, para cubrir una distancia de cien metros, le obligaron a bordear toda la ciudad con la excusa de que había determinados lados de una misma calle que un palestino no podía pisar. Con la caída de la noche se soliviantó al descubrir los focos de las torres de vigilancia que,

como los de una cárcel de máxima seguridad, barrían la ciudad en busca de noctámbulos caminantes. Durante el segundo día deambuló por calles abandonadas que antaño fueron el corazón del rico zoco árabe, sintiéndose como un pájaro enjaulado e indefenso al caminar bajo el enrejado de metal levantado para proteger a los viandantes de los objetos y la basura que las familias judías, dueñas de los pisos sobre las antiguas tiendas, arrojaban a la vía. El tercer día rezó y lloró en la Mezquita de Ibrahim, el lugar donde el judío fundamentalista Baruch Goldstein había dado muerte a veintinueve palestinos y herido a más de ciento veinte, y entre cuyas paredes parecía persistir aún el olor a pólvora y sangre. Al cuarto día, escuchó disparos que restallaban como un interminable eco en el silencio lúgubre que invadía cada rincón de la ciudad; al atardecer, vio depósitos de agua agujereados y el valioso y escaso líquido filtrándose irremediablemente entre las losas del suelo, y por algún escalofriante motivo, creyó que era sangre y no agua lo que se derramaba. Fue al quinto día cuando no hubo luz ni agua para las viviendas palestinas; al sexto, cuando recibió un culatazo de parte de un militar israelí por protestar contra la interrupción del suministro eléctrico. Al mediodía del séptimo, en lo alto de una azotea y bajo la mirada asqueada de un militar, cuando descubrió que seguía sin creer en Dios pero que, en cambio, había desarrollado una intolerancia violenta e inconmensurable hacia las injusticias, que le impedían abandonar aquella ciudad maltratada y dar la espalda a sus hermanos palestinos, hombres y mujeres que solo deseaban vivir en paz en la tierra heredada de sus padres, al margen de los burócratas y políticos que habían hecho de su país un pastel a repartir y transformado su desgracia en un juego de poderes.

Zahi miró a Joel y sonrió.

—Esta tierra no os pertenece —le gritó en árabe.

—Esta tierra nunca os perteneció —le respondió Joel en hebreo.

Y en la boca de ambos se dibujó la sonrisa de un perdedor.

Soy todo tuyo

La hermosa joven se hallaba sentada en la silla, muy erguida y aferrada al bolso que tenía sobre el regazo. Sus sollozos eran entrecortados y agudos, y se sonaba con discreción la nariz usando un pañuelo de papel que extraía de su envoltorio para cada ocasión y que luego, una vez usado, dejaba caer sin consideración al suelo del pequeño y abigarrado despacho.

El capitán de policía, arrellanado en su sillón giratorio al otro lado del escritorio, la miró sin ocultar su desdén. Después dirigió su atención hacia la caja hexagonal y de gran tamaño, decorada con coquetos corazones púrpura y un gran lazo dorado, que el inspector había depositado sobre el escritorio tras entrar en el despacho acompañado de la mujer.

Mascullando vagas protestas, el capitán cogió el DVD que había sobre la caja y lo examinó sin mucho interés. El inspector, que permanecía a su diestra visiblemente inquieto, se inclinó un poco hacia él para poder hablarle cerca del oído.

—Dice que tenemos que ver el DVD para entender bien la situación.

—¿Qué situación? —le espetó con un ronco bufido; sus treinta años como policía le habían extirpado la paciencia y las buenas maneras—. ¿Tú te has enterado de algo? Desde que se ha sentado solo gimotea; lo único que se le entiende es que alguien ha cometido «un crimen imperdonable».

—¡Imperdonable! ¡Imperdonable! —ratificó la joven, dejando caer el pañuelo que estrujaba entre los dedos—. Véalo usted mismo —le animó, al tiempo que sacaba un nuevo pañuelo con el que, emitiendo un ridículo trompeteo, se sonó la nariz.

El capitán le tendió al inspector el disco, sacudiéndolo irritado en el aire.

—Ponlo, por Dios, ponlo.

El joven policía encendió la pantalla situada en una pequeña mesa auxiliar con ruedas y, tras introducir el DVD en el reproductor, la giró hacia el escritorio para que tanto la mujer como el capitán pudieran ver las imágenes. Después de unos iniciales segundos de ruido blanco, apareció en la pantalla un hombre sentado en una silla, con el torso desnudo, atado al respaldar por una correa que le ceñía la cintura. Miraba a la cámara y le sonreía con beatífica mueca.

—Mi amor... —comenzó. La expresión de su rostro era tensa y sudorosa, y sus dilatadas pupilas desprendían un brillo febril—. Hoy es un día muy especial para ambos. —Hizo un gesto hacia la cámara y pocos segundos después, una mujer cuyo rostro no entraba en el plano y que vestía un colorido mandil con grandes bolsillos, se situó a su espalda, apoyándole cariñosamente las manos en los hombros—. Te prometí que sería tuyo en cuerpo y alma y tú no me creíste: «Los hombres hacéis muchas promesas que nunca cumplís», fue tu respuesta. Hoy, con ayuda de mi mamá —rozó el dorso de la huesuda mano posada en su hombro derecho—, voy a cumplir mi promesa.

La mujer sacó de uno de los bolsillos del mandil una tijera pequeña de podar que entregó al hombre. Sin que llegara a verse su rostro, salió del plano y regresó portando una bandeja argéntea que situó bajo la mano alzada de su hijo.

—Mis dedos, que te acariciaron el cuerpo... —Con un certero gesto, cortó el pulgar de su mano izquierda, que cayó de golpe en la bandeja, acompañado de un violento chorro de sangre. Se le crispó la sonrisa y su cuerpo sufrió un fuerte estremecimiento, pero no emitió ni un lamento y su pulso era firme cuando cercenó el índice—. Ahora son tuyos.

—¡Qué loco hijo de puta! —gritó el capitán saltando de su silla—. ¡Para esa mierda! —ordenó al inspector.

—¡No! ¡No! —intervino la joven—. Tienen que verlo hasta el final. Hasta el final.

—¡Por Dios bendito! —El capitán se volvió estupefacto hacia el inspector, el cual, pálido como el papel, se cubría la boca con la mano tratando de contener una arcada, y luego miró a la joven—. Pero, ¿hay más?

El chasquido de las tijeras les hizo mirar a los tres. A medida que los dedos eran amputados, un surtidor de hermosa savia carmesí borbotaba de cada corte y, al igual que una exótica cascada, se precipitaba sobre la bandeja y de esta al suelo, salpicando los pies del hombre y sus pantalones. Cuando no quedó ningún apéndice en la mano, dejó el brazo pender laxo a su costado y devolvió, tembloroso, las humedecidas tijeras a su madre. Esta se marchó llevando consigo la goteante bandeja y su contenido, para regresar con una cajita y algo semejante a una cuchara con el borde dentado.

—Mis ojos, que te contemplaron... —recitó con voz trémula el hombre.

Su rostro, bañado por una película pegajosa de sudor, se había vuelto ceniciento, tenía la boca desencajada y los ojos desmesuradamente abiertos. Agarró el instrumento que le tendía la mujer y sin reparos, lo introdujo por debajo del párpado derecho. A medida que hacía palanca, el globo ocular surgía de la cuenca como una pompa de jabón. Le rechinaron los dientes y un quebrado lamento se le escapó del pecho, pero no se detuvo hasta que la bulbosa esfera se precipitó fuera de su órbita y quedó oscilando en el aire, suspendida del nervio óptico. Su madre tuvo que darle un fuerte tirón para poder desprenderlo e introducirlo en la cajita. La extracción del ojo izquierdo no fue tan eficiente. Las fuerzas comenzaban a abandonarle, le temblaba la mano, su respiración era irregular y sibilante y no conseguía mantener completamente erguido el cuerpo. Se rasgó varias veces el globo antes de conseguir extirparlo.

—Ahora son tuyos —balbuceó, con la boca llena de la sangre que le corría por el rostro manchándole las mejillas y salpicándole el velludo torso; las huecas cuencas, similares a dos profundos e irregulares pozos horadados en su cráneo, vueltas hacia la cámara—. Mis palabras, mis pensamientos, mi corazón, a partir de ahora serán para siempre tuyos.

Tanteó en el aire buscando asir algo, hasta que su madre, que se había retirado, reapareció con otra caja aplanada y le puso entre los dedos un bisturí. Abrió la boca y sacó la lengua y mientras la mujer tiraba de ella por la punta, él propinó a la tierna y fibrosa carne un corte, sorprendentemente certero para su inestable pulso, que seccionó el órgano. Su cuerpo se convulsionó bruscamente; se habría caído de la silla de no haber estado atada a ella por la correa. Soltó el bisturí y en un acto reflejo se cubrió la cerrada boca con la mano, y la sangre, densa y torrencial, manó de entre sus labios y dedos acompañada de un gutural aullido.

Su madre, tras guardar en la caja el trozo de lengua, le echó con ternura la cabeza hacia atrás. Volvió a desaparecer, y a su regreso trajo consigo una caja hexagonal decorada con corazones, y una sierra corta de cirujano. Dejó la caja en el suelo, junto a la silla, y tras sujetar la cabeza de su hijo por los cabellos, comenzó, con pulcros ademanes, a serrarle el cuello. El ronco roer de la sierra y los agónicos gritos, se mezclaron con el sonido de las arcadas del inspector, que ante la eficiencia con la que la cabeza estaba siendo separada del tronco, no pudo contenerse y vomitó en la papelera.

Cuando la mujer concluyó, los brazos y piernas del hombre aún se convulsionaban. Una vez hubo depositado la cabeza en la caja, se sentó sobre los exánimes muslos de su hijo y, de espaldas a la cámara, comenzó a seccionar su torso de arriba abajo, trabajosamente; el sonido de la carne y los huesos aserrados no dejaban dudas sobre lo que estaba haciendo. Cuando se giró hacia la cámara, aún su rostro fuera de plano, sostenía en la mano un trozo de carne lustrosa, maciza y trémula.

—Él te lo ha entregado todo —se escuchó decir a la mujer—. Pero el corazón de un hijo, siempre estará con su madre.

—¿Lo ven? ¿Lo ven? —chilló la joven dirigiéndose al capitán y al inspector, los dos demasiado aturcidos y horrorizados como para prestarle atención—. La muy zorra se ha quedado con el corazón. Y era para mí. Él ha dejado muy clarito que era para mí. ¿Es o no es un crimen imperdonable lo que me ha hecho mi suegra?

Jornada laboral

"Por eso juzgo y discierno, por cosa cierta y notoria, que tiene el amor su gloria a las puertas del infierno".

Fragmento de La Galatea, Libro III
Miguel de Cervantes (1547-1616)

Abandonó la puerta giratoria y con las manos en los bolsillos del pantalón gris arsénico que vestía, se adentró con paso elástico y decidido en el hall.

El espacio era monumental, luminoso, de suelos pulidos que reflejaban un universo invertido de techos y paredes lujosamente embellecidos con frescos que representaban, con gran profusión de formas y colores, los siete pecados capitales. El puesto de vigilancia, situado justo en el centro del despejado vestíbulo, estaba presidido por dos guardas de seguridad uniformados. Sus rostros adustos de curtidos cancerberos no experimentaron cambios al verlo entrar, pero sus ojos inquisitivos y fúlgidos le siguieron hasta que desapareció tras las puertas de uno de los cuatro ascensores que se alineaban al fondo.

Aprovechó los segundos de trayecto hacia el piso trece para atusar los mechones de su entrecana cabellera castaña, peinarse las tupidas cejas y estirar con un parco gesto, el cuello entreabierto de su costosa camisa violácea.

Al salir del ascensor se cruzó con una exuberante mujer de lustrosa cabellera negra. Tenía unos apetitosos pechos que se asomaban con lujuria al generoso escote de su traje sastre, caderas provocadoras, piernas infinitas y pies pequeños enfundados en un par de zapatos de agudo tacón. Enmarcando su esbelto cuello lucía un collar de grandes y nacaradas perlas, y ciñéndole la cintura, un ancho cinturón adornado con remaches metálicos.

—¿Has vuelto a confundirte, Kalika? —sugirió al pasar junto a ella—. Tu planta es la once: «Departamento de muerte y destrucción». Te pesan los milenios, querida.

Durante el lapso de un parpadeo, el hermoso rostro de la mujer se trasmutó en un trozo de carne enrojecido y grotesco, herido por una boca de la que escapaba una lengua tan larga como ponzoñosa, y presidido por unos ojos desorbitados, sanguinolentos y furibundos.

Desentendiéndose de la mujer y sus afirmaciones sobre su escaso potencial sexual, gritadas a pleno pulmón mientras las puertas del ascensor se cerraban, avanzó risueño. Cada paso de su fibroso cuerpo resonaba en el silencio artificial de largo pasillo, decorado con murales que exhibían sensuales y voluptuosas escenas eróticas protagonizadas por hombres, mujeres y animales. Las dobles puertas que cerraban el corredor, de madera y tachonadas de pequeñas esferas doradas, se abrieron despacio hacia dentro permitiéndole la entrada a una amplia sala de espera decorada con un sencillo estilo *loft*. Dos hombres, semejantes a él en físico, elegancia, atractivo y madurez, se encontraban sentados en sendas sillas metálicas. Su llegada apenas les hizo levantar la mirada de las revistas que leían; solo mostraron interés cuando le vieron dirigirse con aplomo a la puerta de cristal que se hallaba al otro lado de la estancia.

—Aguarda tu turno —le exigió uno de ellos con destemplado tono.

—Déjalo —le recomendó el otro, parapetado tras la revista—. Es el hermano Olivier. No le provoques.

Olivier empujó la puerta, recreándose en la satisfacción que le producía que sus hermanos pronunciaran su nombre con tan mal disimulado temor, y la cerró a su espalda. La pequeña habitación en la que ingresó olía a tabaco y sudor y estaba mal iluminada. En el centro, bajo una lámpara que pendía del techo y que proyectaba una luz blanquecina, había un escritorio y, sentado ante él, un hombrecillo calvo de ojillos de insecto y gesto quisquilloso, que pulsaba veloz las teclas de un portátil.

—¿No sabes llamar a la puerta? —gruñó sin mirarlo—. Debería mandarte fuera de una patada.

Olivier, sin ocultar la repulsión que aquel individuo en mangas de camisa le provocaba, se sentó en la silla que había frente al escritorio.

—Tengo prisa —adujo apático.

Sacó del bolsillo de la chaqueta un *pen drive* minúsculo y lo tiró sobre la vacía mesa.

—¿Cómo te ha ido? —inquirió el hombrecillo, sin que la expresión aburrida de su rostro denotara interés alguno.

—Aceptable. En San Valentín ya se sabe, los humanos necesitan más que nunca que los amen. —Señaló con el mentón hacia el *pen drive*—. Todo está ahí. Consulta el informe.

—Ilústrame —le ordenó, abstraído en su pantalla.

Olivier contó hasta diez mentalmente para apaciguar su irritación; algún día perdería la paciencia y como hacía con los miserables mortales, inspiraría en el alma de aquel tipejo un amor imperecedero por alguno de los Ghoul que trabajaban en el «Departamento de enfermedades purulentas».

—Cuatro casos de amor no correspondido —comenzó a enumerar—: el típico perdedor de instituto enamorado de la animadora estrella, un ama de casa del compañero de su hijo adolescente, un padre maduro de su mejor amigo heterosexual y un cura sexagenario de su feligresa más beata. En el ámbito de los correspondidos: dos casos de incesto, entre dos hermanos y un padre y su hija. Aparte tenemos tres mujeres con antecedentes de malos tratos enamoradas de sendos hombres alcohólicos y violentos. Un profesor universitario...

—Espera. —El hombrecillo alzó la mano y por primera vez dirigió sus ojos diminutos y punzantes hacia Olivier—. ¿Todos amores infortunados? Ya sabes la consigna del Gran Jefe: un emparejamiento exitoso y duradero por cada diez futuros fracasos. No es conveniente levantar sospechas entre los humanos, ¿lo has olvidado?

Olivier soltó un arrogante bufido.

—¿Crees que soy el mejor de todos los del departamento por nada? Examina el informe y deja de hacerme perder el tiempo.

El hombrecillo, a regañadientes, conectó el *pen drive* al puerto y durante los siguientes minutos estudió los datos que desfilaban por la pantalla. Cuando concluyó, una sonrisa dentada se ensanchó en su desaliñado rostro.

—Sin duda eres un hijo de puta retorcido —comentó, lamiéndose con lentitud los labios en un deleitoso gesto—. Me cuesta decirlo, pero he de admitir que admiro tu especial habilidad para susurrar en sus almas y convencerlos de los amores más descabellados. Y tu perversión a la hora de escoger quién se enamorará de quién, es algo inimitable.

—Gracias —dijo lacónico al tiempo que se levantaba de la silla.

—Sabes, Olivier... —El hombrecillo cruzó los dedos y pensativo, apoyó en ellos la barbilla—. No me hizo muy feliz mi traslado aquí; el «Departamento de amor y otros males menores» me parecía una subdivisión de la Compañía poco útil para los intereses del Gran Jefe, una pérdida de tiempo y recursos. Pero empleados como tú me han hecho ver el amor como la destructiva maldición que es en realidad. ¿O acaso los humanos no mueren por amor, no matan por amor, no odian por amor, no enferman por amor, no

traicionan por amor, no mienten por amor? ¡Ah! —suspiró—. ¡Qué arma para el mal tan exquisita!

Olivier se encogió de hombros con indolencia.

—A mí no me tienes que convencer. Llevo milenios ejerciendo de Cupido, ¿recuerdas?

Se volvió hacia la puerta con intención de marcharse, pero la voz del hombrecillo, pausada y reverencial, le detuvo.

—Los humanos suelen decir que la mayor astucia del Gran Jefe es haber hecho creer al mundo que no existe. —Al mirar por encima del hombro, Olivier vio el rostro del tipo encendido por una expresión de embriagador y cruel goce—. Pero en realidad, el mayor logro del Gran Jefe consiste en haber persuadido a la humanidad de que el amor es el mejor y más hermoso don que ese al que llaman Dios les ha otorgado. —Inclinó la cabeza a un lado en un gesto casi dulce, antes de añadir—: ¿No te parece una jugada sublime, Olivier?

Infancia robada

El niño metió la cuchara en el plato y removió los guisantes. Algunos saltaron por el borde como ovejas que escapan del redil y cayeron en el blanco mantel. Uno rodó hasta chocar con el pie de la copa de vino de su madre. Expectante, alzó la vista hacia la ella. La mujer contemplaba el infinito más allá de la pared del fondo. Miró a su padre, sentado al otro lado de la mesa. Él tampoco se había percatado de la aventura de su guisante, sumergido como estaba en las páginas del diario que sostenía con una mano; con la otra agarraba el cubierto que se iba metiendo en la boca de forma mecánica.

—Mami —llamó, con el tono agudo propio de un niño de tres años, mientras extendía su corto brazo tratando de alcanzar con el extremo de la cuchara el guisante.

La mujer parpadeó regresando a la realidad, pero no miró a su hijo.

—Mañana, a primera hora, quiere vernos la profesora del niño —dijo dirigiéndose al hombre.

—¿Pasa algo malo? —inquirió éste sin apartar la vista del periódico.

—No. —La mujer comenzó a desmigajar un trozo de pan—. Simple rutina. Pero yo no puedo ir, me reúno con el delegado a las diez.

—Mami —insistió el niño, el guisante eludía todos sus esfuerzos por alcanzarlo.

—Yo tampoco —replicó el hombre—. Tengo junta directiva a media mañana.

—Tú nunca puedes.—Papi. —El niño lo miró esperanzado, enarbolando la cuchara por encima de su cabeza—. Papi.

—No empecemos —le advirtió a la mujer en un tono de voz desabrido.

Ella tiró con furia el trozo de pan dentro de su plato.

—¿Qué pasa? ¿Ahora tampoco puedo reprocharte que desatiendas a tu hijo?

El hombre bajó bruscamente el periódico.

—¿De quién fue la idea de tenerlo?

—¡Tú también lo querías! —se exaltó la mujer.

—Te dije que debías dejar el trabajo para criarlo, pero tú te creíste muy capaz de ser madre y asalariada. Tú siempre tienes que abarcarlo todo. —

Sacudió el periódico para abrirlo por una nueva página—. Pues ya ves lo capaz que eres.

—¡Mami! —chilló el niño, agitando los brazos y las cortas piernas.

La mujer se puso en pie y golpeó la mesa con ambas manos, con el rostro congestionado.

—Así lo arreglas tú todo, culpando a los demás de tu incompetencia. Si te preocuparas más por tus responsabilidades como padre y menos por ver en qué bragas te metes, no estaríamos teniendo esta conversación.

—¡Cómo no, tenían que salir a relucir mis supuestas amantes! —exclamó el hombre—. Paranoica, que eres una loca paranoica.

—¡Mami! —gritó el niño con todas las fuerzas de sus pulmones.

—¡Cállate! —La mujer se volvió hacia él como una exhalación—. ¡Tú tienes toda la culpa! ¡Cállate!

El niño sufrió un sobresalto. Se encogió sobre sí mismo, escondiendo la cuchara debajo de las piernas. Entre quedos hipidos, dirigió los húmedos ojos hacia el plato de guisantes y lo contempló con fijeza. La mujer se dejó caer en la silla, apoyó los codos en la mesa y ocultó el rostro tras las manos. El hombre tardó solo unos segundos en concentrarse de nuevo en su lectura. Al cabo de unos minutos, la mujer habló.

—Le diré a la canguro que vaya a la reunión. —Sus palabras sonaron huecas, como si se le desprendieran de la boca—. No le importará, ya lo ha hecho otras veces.

La mujer calló y el niño, con las mejillas sucias de lágrimas, se atrevió a levantar la vista. Su madre miraba hacia el infinito mientras removía la comida del plato, su padre masticaba al tiempo que leía, y el solitario guisante extraviado continuaba lejos de su alcance, abandonado a su suerte en el immaculado mantel.

Testigo

Zigzagueé pegada al techo de la habitación desplegando mi consabida habilidad. Esquivé una alargada lámpara de tubos fluorescentes que se cruzó en mi camino y descendí con un vuelo acrobático hasta media altura, para emprender un elegante revoloteo circular de reconocimiento; mi larga vida de casi veinte días me ha enseñado que es fundamental estudiar bien el terreno antes de realizar una incursión en campo enemigo.

No tardé en detectar la presencia de cuatro humanos en la reducida y luminosa habitación. Uno de ellos se hallaba tumbado de espalda en una camilla con los brazos en cruz, sobre unos estrechos soportes, y los miembros inmovilizados por correas. Los otros tres se movían a su alrededor sin prisa, aunque con gestos tensos propios de quien preferiría estar en cualquier otro lugar.

Después de media docena de giros amplios aparentando adormecimiento —las moscas, nada más nacer, aprendemos a fingir con efectividad cierto grado de atontamiento que inspire en nuestros enemigos la equívoca idea de que somos lentas, torpes y estúpidas—, intuí que perdía el tiempo en aquella estancia. No sin cierta sorpresa constaté que ni captaba olores apetitosos ni lograba detectar elementos comestibles, de hecho, el lugar resultaba desagradablemente impoluto.

Hice ostensible mi disgusto con un ruidoso zumbido que llamó la atención del humano que vestía una bata blanca. Me echó un rápido vistazo con esa detestable displicencia tan propia de su especie, y que tan humillante nos resulta a todos los dípteros, y volvió a lo suyo; en momentos así caigo siempre en la vulgaridad de querer poseer ese grosero apéndice del que tanto presumen las avispas.

Yo, que no soy temeraria aunque gozo de un temperamento impetuoso, inicié un picado veloz digno de mi talento, que concluyó con un perfecto vuelo rasante sobre la cabeza del tipo de la bata. Su manotazo ni llegó a alterar el aire a mi alrededor.

Aproveché para descender sobre el individuo tendido —uno de mis mayores placeres es alterar el sueño de los humanos—, y dancé con elegancia durante unos segundos cerca de su oreja. No hizo ningún gesto, lo que me llevó a suponer que estaba profundamente dormido, pero al planear

sobre su rostro puede apreciar que tenía los ojos muy abiertos y las pupilas clavadas en el techo. Completé un rápido vuelo hasta la palma de su mano y allí me posé. Descubrí con agrado que su piel estaba revestida de una deliciosa película de sudor, algo fría para mi gusto, aunque no soy en exceso sibarita a la hora de alimentarme; he vivido largos minutos de escasez que me enseñaron por las malas a no dejar pasar ni una sola oportunidad de nutrirme. Mientras succionaba la sabrosa secreción percibí un leve movimiento bajo mis sensibles patas, un estremecimiento continuado que, no obstante, apenas me inquietó; mi desarrollada intuición —y bueno, también el hecho de saberle atado—, me decía que aquel humano no se preparaba para asestarme un traicionero golpe, simplemente temblaba. Fue otro de los humanos, uno ataviado con uniforme policial, el que, al aproximarse de forma súbita, me sobresaltó lo suficiente como para obligarme a optar por una huida a tiempo. Aproveché el apresurado vuelo para volver a inspeccionar mi aséptico entorno; como mosca experimentada con muchos días en mis alas, puedo hacer más de una cosa a la vez. Advertí entonces, que el humano uniformado observaba cómo el de la bata manipulaba unos tubos delgados y traslucidos, terminados en unos alfileres largos y gruesos, que insertaba bajo la piel de los brazos del yaciente.

Para no faltar a la verdad, he de admitir que aquel comportamiento me provocó curiosidad. Me considero una experta en conducta humana, he sido testigo de las actuaciones más incongruentes y casi siempre he sabido darles un significado —casi siempre, porque por mucho que considere a las mariposas seres inútiles y pretenciosos, nunca entenderé la necesidad de ensartarlas con un alfiler y ver cómo se debaten entre la vida y la muerte—, pero el porqué de aquello que veía se me escapaba.

Me posé en una pared lateral, en realidad un gran ventanal de cristal, y me entretuve en acicalar mis alas y lustrar mis ojos al tiempo que observaba la escena. ¿He comentado ya que puedo realizar varias tareas al mismo tiempo?

De repente, un golpe brusco en el cristal, que hizo vibrar toda la superficie, me recordó lo efímera que es la vida. Zumbé a toda velocidad hacia el lugar más inaccesible, la lámpara fluorescente, y desde allí constaté que la causa de mi justificado pavor era una humana situada al otro lado del ventanal. Pegada al cristal sostenía en una mano la arrugada fotografía de un niño y una niña subidos a una misma bicicleta. Hablaba, o mejor dicho, por cómo se movían sus labios y se contraía su rostro, gritaba, pero su voz no conseguía traspasar el grueso cristal. Tras ella detecté la presencia de otras humanas y humanos

sentados en sillas, que no hicieron nada por tranquilizarla, más bien simulaban no verla.

El cuarto humano de la estancia, que hasta el momento había permanecido en un rincón, captó mi interés al girar la cabeza en dirección a un gran reloj de esfera blanca y grandes manecillas negras colgado de la pared; se apretó el nudo de la corbata, tiró de los puños de la camisa y se abrochó los botones de su chaqueta antes de asentir en dirección al humano de la bata blanca. Este se aproximó a un artefacto situado en la cabecera de la camilla y con movimientos precisos manipuló sus interruptores, acto seguido todos se quedaron inmóviles, incluso la humana dejó de gesticular. Los humanos sentados miraban al frente, como si trataran de evitar fijarse en el de la camilla; en cambio, la humana tenía sus rojos y rabiosos ojos posados en él con desquiciada fijeza.

El caso es que tanta inactividad y embobamiento no podían ser desaprovechados, así que descendí para reanudar mi gustosa libación. Esta vez escogí como zona de avituallamiento el rostro, ya que el tipo sudaba copiosamente y las gotas se deslizaban en abundancia por sus facciones, tentándome con su límpido brillo.

No fue una comida tranquila, de cuando en cuando el humano agitaba la cabeza con unos movimientos que, si bien no me parecieron que de forma consciente estuvieran dirigidos contra mí, sino algo similar a pequeñas, descompasadas y bruscas sacudidas involuntarias, la prudencia manda, así que me obligué a cambiar de posición en varias ocasiones. La última molesta interrupción me llevó a posarme sobre su hirsuto mentón y de ahí me desplazé hasta la entreabierta boca. ¡Mmm...! Qué manjar la boca humana, impregnada siempre de un sinfín de sabores enriquecidos con los más exquisitos matices, pero qué desilusión en este caso, al hallar unos labios resecaos y mustios. Contrariada, me asomé al interior de la boca calibrando la posibilidad de hacer una rápida incursión —mi excelsa destreza en el vuelo me habilita para acciones incluso más arriesgadas—, que me permitiera catar las exquisiteces que pueden descubrirse en una lengua humana. Pero antes de que mi ágil cerebro decidiera qué hacer, sucedió.

Lo noté como un cosquilleo provocado por una ligera bocanada de aire, una más expelida por los pulmones de aquel tipo, pero eso fue solo una primera, fugaz y errónea impresión. Hasta la última de mis unidades sensoriales vibró en extremo convulsionada cuando aquella ola invisible me golpeó de lleno, y entonces fue como si toda mi anatomía estallara para, tras un inapreciable

instante, reconstruirse en un único punto vital, sensitivo, pulsante, inconmensurable, desbordado de una aterradora y maravillosa sensación de plenitud y clarividencia, de una luz, de un calor... ¡Ah! Lo lamento. A pesar de mi erudición, soy incapaz de describir como merece, el que fue y será, el instante culmen de mi existencia. Hasta aquel día, hasta aquel momento, solo era una humilde mosca, un individuo más de una sufrida especie denostada por muchos, infravalorada por otros, perseguida por todos.

Pero hoy... Hoy... Hoy soy la mosca que fue capaz de oler, de sentir, de saborear... un alma humana.

Sesión continua

Abrió los párpados con la sensación de haber dormido profundamente; sin ensoñaciones, sin pensamientos, sin ese interludio entre el sueño y el despertar en el que uno es consciente de que no está despierto y sin embargo tampoco dormido.

Lo primero que vio fue la pantalla de cine. En ella un niño con un bañador de color indefinido jugaba a hacer castillos de arena en una playa desteñida, bajo un cielo sin tonalidades. La luz ingrávida, polvorienta, que vertía aquella silenciosa escena, perfilaba los respaldos de los asientos de las primeras filas y creaba una penumbra opaca que no llegaba a disipar la oscuridad acurrucada en los rincones de la sala.

Algo aturdido miró por encima de su hombro. Distinguió más hileras de asientos, y al fondo, en los laterales, unas pesadas cortinas sobre las que levitaba una luz amarillenta. Arriba, cerca del techo, el altorrelieve de la cabeza de un león abría sus fauces para escupir un haz de luz cargado de imágenes que al toparse con la pantalla cobraban vida.

Se enderezó frotándose los ojos. No le cabía duda de que se hallaba en un cine, aunque los asientos de madera sin tapizar, los incómodos reposabrazos fijos y el aroma a desinfectante con reminiscencias a Zotal y humo de cigarrillos, le hacían pensar en aquellos cines de barrio de su niñez y no en las modernas e impersonales salas de proyección con pantalla gigante, sonido envolvente y 3D. No dejaba de ser desconcertante el anacronismo del lugar, aunque lo que más le chocaba era no recordar cómo había llegado hasta allí.

En la pantalla, el niño en blanco y negro lloraba mientras unos pies de infante, cuyo dueño quedaba fuera de plano, pateaban los castillos de arena hasta reducirlos a montones informes y desparramados.

No prestó demasiada atención a la escena, concentrado en rescatar de las profundidades de su mente las últimas horas. Recordó haber estado bebiendo en el bar de Ted más de lo habitual, y lo habitual ya era mucho, y el recuerdo de sí mismo agarrado a la barra como un naufragó sin fuerzas, babeando *whisky*, le despertó de nuevo la furia, la misma que había desatado contra su mujer y que le había llevado, como otras tantas veces, de cabeza al bar.

Notó el familiar calor reptando por la nuca, el hormigueo en los brazos, la presión en el pecho, síntomas todos del inminente estallido. Buscando recuperar la calma, se pasó repetidas veces ambas manos por los cabellos, acompañando el gesto con lentas inspiraciones. Al peinarse se percató de que tenía los dedos entumecidos y que le escocían los nudillos. En la oscuridad no pudo distinguir bien las heridas, pero no hacía falta, recordaba que esta vez había sido más violento que otras veces, primero con su mujer y después con las puertas; podía imaginar sin mucho esfuerzo el aspecto de sus manos.

¿Por qué había sido la pelea? ¿Qué había desatado su furia? ¿El trabajo? ¿Los niños? ¿La cena? ¡Qué más daba! La furia estaba en su interior, adherida a su espina dorsal como un parásito, cohabitando a la espera de una excusa cualquiera para emerger, y cuando eso sucedía, se le escapaba por las manos y la boca y los ojos; se vertía fuera de su cuerpo dejándole vacío, felizmente vacío durante unos instantes. El mundo parecía diferente cuando la furia le abandonaba, menos incomprensible, más soportable. En esos instantes llegaba el remordimiento, las disculpas y las promesas sin futuro; sin embargo, la furia siempre retornaba. Al extinguirse los llantos, el dolor de los puños, la furia reaparecía. Se le colaba de nuevo dentro filtrándose hasta las entrañas y allí se quedaba, latiendo despacio, acechando.

Algo en la pantalla captó su atención. Un hombre abrazaba al niño del bañador, un tipo fornido, ceñudo, por alguna razón familiar. Consolaba al pequeño al tiempo que sus labios se movían bruscos y veloces y sus ojos decepcionados y hostiles miraban al frente. La escena no tenía sonido, era imposible saber qué decía aquel hombre de grandes manos, y aun así él lo sabía.

—¿Qué pasa contigo? —dijo en voz alta, y el silencio pesado que le rodeaba pareció engullir cada palabra—. ¿No puedes estar ni un minuto sin joder a tu hermano?

Sintió asco y rabia y odio. Contra el hombre, contra el niño del bañador. Los mismos celos que padeció como un genuino tormento durante toda su niñez y adolescencia, esos que le habían llevado a convertir la vida de su hermano pequeño en el peor de los infiernos, se le removieron en las entrañas, vívidos, consistentes, dañinos igual que un veneno, hasta el punto de notar cómo la bilis le subía por la garganta.

Los celos. Recordaba lo que le hacían pensar, lo que le hacían sentir, lo que le hacían desear.

Se cubrió la boca y se dobló en dos tragándose las náuseas.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué esa escena le era tan próxima? ¿Tanto se parecían los protagonistas a su padre y a su hermano como para hacerle recordar aquellos años? ¿Y por qué el recuerdo venía acompañado de emociones tan físicas?

Con un gesto brusco se deshizo el nudo de la corbata. Alzó los ojos buscando de nuevo las inquietantes imágenes, pero no las halló. El paisaje era otro: nocturno, callejero, convertido por el blanco y negro en una existencia plana. En un segundo término, se distinguía un edificio achaparrado con una fachada iluminada por luces de neón monocromáticas y algunos veinteañeros fumando, bebiendo de vasos de papel, bailando al son de una música que no sonaba. Un grupo de unos siete jóvenes se apartó del resto. Corrieron hacia la pantalla como si quisieran atravesarla, aunque en realidad solo trataban de atrapar a alguien que, fuera de campo, pretendía huir y al que terminaron alcanzando y tirando al suelo. Los puños, los pies enfundados en botas y zapatillas de deporte, los escupitajos, cayeron sobre la pantalla.

Sintió el dolor de aquellos golpes inexistentes. Se retorció en el asiento queriendo esquivarlos, protegiéndose el rostro con los brazos de los puños que no le alcanzaban, de taconazos que quedaban atrapados al otro lado de la pantalla.

—¡Parad! ¡Parad, hijos de puta! —chilló, pateando los asientos de delante.

No era un dolor real el que sufría su cuerpo, lo sabía. Era un recuerdo, uno de hacía muchos años, de una noche en que una niñata calientapollas de la universidad no se la quiso chupar y él la zarandeó y la llamó puta; y ella, para joderle, fue a contarle su versión a los matones de sus amigos. No era real, su mente era consciente de ello, y aun así sentía de nuevo las patadas en el estómago y los riñones, los puñetazos en la cara, el miedo convertido en un dolor más intenso e hiriente que los propios golpes.

Se levantó del asiento y a trompicones, retorciéndose, con el aguijón del miedo clavado en su cerebro y negándose a mirar hacia la pantalla, salió al pasillo y corrió en dirección a la luz amarilla. No entendía lo que estaba pasando y no iba a perder el tiempo en intentar entenderlo.

Alcanzó la cortina y la apartó con violencia. Al otro lado vio una sala con hileras de asientos y una pantalla de cine en la que un hombre gesticulaba

con el rostro transfigurado por la cólera mientras sacudía en el aire un puñado de papeles.

Confuso, retrocedió dejando caer la cortina. Miró a su espalda y de nuevo, retirando la cortina, hacia la sala que tenía ante sí.

—No puede ser... —musitó adentrándose en ella, notando que el miedo comenzaba a transformarse en pánico.

Corrió por el pasillo palpando las paredes. Llegó hasta la pantalla y se giró para mirar hacia el fondo. Allí estaban las dos cortinas a cada lado, coronadas por las luces amarillas de emergencia, y pegada al techo, impertérrita, la cabeza de león, con sus fauces escupiendo luz. Se lanzó por el pasillo contrario y atravesó sin detenerse la cortina, para dar de nuevo con una sala de cine donde el mismo hombre colérico continuaba en la pantalla gritando y amenazando con los puños cerrados.

—Tranquilízate. —Se cubrió el rostro con el antebrazo—. Si has entrado tienes que poder salir.

Respiró hondo varias veces y apartó el brazo. No quiso, pero sus ojos fueron directamente hacia la pantalla buscando el rostro del hombre vociferante.

Lo conocía, demasiado bien. Lo conocía y recordaba cada palabra que estaba pronunciando, sus críticas, sus insultos, aunque no pudiera oírlos.

—¡No soy un inútil! —gritó apuntando hacia la pantalla—. ¡Y lo sabes, hijo de puta! ¡Claro que lo sabes!

La humillación de entonces regresó. La sintió renacer dentro de él, espinosa, cáustica, tan real como lo fue años atrás cuando aquel envidioso le hacía ir a su despacho para acusarle de apropiarse del trabajo de otros porque era demasiado inepto y vago para poder hacerlo por sí mismo. En cada ocasión habría querido poder responderle permitiendo que brotara la furia que habitaba en su interior, que fueran sus puños los que argumentaran contra sus afirmaciones. Pero la humillación, esa que nace de tener que escuchar las verdades sobre uno mismo que no somos capaces de aceptar, se lo tragaba todo, incluso la furia, y le dejaba impotente, enfermo, hastiado hasta la náusea de sí mismo y del mundo.

A la carrera llegó hasta la pantalla. Tiró de la lona con ambas manos, con los dedos convertidos en garfios.

—¡Calla, cabrón! ¡Calla!

La lona se desgarró con un sonido pesado, abriendo una fisura en forma de siete que expuso el muro que había tras la pantalla. Se apartó de ella

maldiciendo y escupiendo su desesperación. Corrió por el pasillo y de nuevo entró en la sala contigua. Una mujer lloraba en la pantalla abrazada a un niño. El llanto convulsionaba sus hombros, que los brazos del pequeño no lograban abarcar. Sus sollozos mudos resonaban en la sala como gritos.

La vio a ella, al niño y también la rotura en la pantalla, exacta a la que unos segundos antes, en la sala continua, sus mismas manos habían originado.

—¿Qué está pasando? —chilló.

Corrió por ambas salas pidiendo ayuda a gritos, saltando sin sentido por los asientos, dando trompicones, cayendo al suelo y levantándose espoleado por una angustia viscosa. Buscó una puerta de salida que no existía, pateando y golpeando las paredes con las manos, sin importarle el dolor que las iba deformando. Arrancó las cortinas. Tiró sus zapatos contra la cabeza del león. Rasgó la pantalla con tanto ímpetu que se le rompieron las uñas. Gritó y gritó sin descanso hasta que la voz se le quebró y de su boca ya solo salieron graznidos.

Al cabo de un tiempo que no fue capaz de calcular, se dejó caer con la espalda apoyada en la pared; agotado, perdido en la nebulosa de terror que le embargaba, sintiéndose enclaustrado por la densa atmósfera de silencios.

—Recuerda, recuerda... —se dijo, tirando de los cabellos, resollando, derramando lágrimas de desesperación y terror—. Si has entrado tienes que poder salir. ¡Recuerda cómo has llegado aquí, por el amor de Dios!

En la desgarrada pantalla, los veinteañeros volvían a desahogarse con patadas y golpes. Su intangible brutalidad le hizo sacudirse con violencia.

—¡Basta! ¡Basta! —suplicó.

Arrastrándose por el suelo, llegó hasta la sala contigua, queriendo escapar del horror y el sufrimiento que aquella escena le producía. Alzó la cabeza y en la pantalla vio que había una playa, un niño y un hombre, y los celos, que eran peor que los golpes, se retorcieron como culebras en sus entrañas.

—Recuerda —se dijo con la cara pegada a la moqueta—. Recuerda, joder. El bar de Ted, las copas. Saliste y cogiste el coche. Sí, lo cogiste y llegaste hasta la avenida. Había un autobús y entonces... Entonces...

La imagen brotó en su mente como la ráfaga de unos faros segando la oscuridad de la noche. La vio un segundo con nitidez y después desapareció, pero fue suficiente.

Se quedó inmóvil, sin respirar, sin pensar, como si todo su ser no fuera más que la cáscara reseca de sí mismo y temiera convertirse en polvo con

un simple parpadeo. Después, mucho después, despacio, porque las fuerzas le habían abandonado, tanteó buscando un punto de apoyo. Se agarró a un reposabrazos y logró tirar de su cuerpo y alzarlo, para dejarse caer como un fardo sobre el asiento. Con las manos se cubrió el rostro, y a través de los dedos miró hacia la pantalla. En ella, la mujer que tanto se parecía a su esposa suplicaba que parase mientras abrazaba a un niño que era igual que su hijo pequeño.

Los remordimientos, esos que se tragaba siempre, que ignoraba, que nunca fueron lo suficientemente sinceros como para hacerle cambiar, le punzaron el pecho, agudos igual que puñales, como si pretendieran abrirse camino hasta el exterior a cuchilladas.

—Así que era verdad —murmuró.

Una risa entrecortada y ronca surgió de su garganta.

Era cierto. Como algunos imbéciles proclamaban, al morir uno veía pasar la vida ante sus ojos. Allí estaba la suya, su inútil y detestable vida, convertida en una película en blanco y negro sin sonido y sin vuelta atrás.

Sus carcajadas subieron de volumen, crecieron hasta volverse estridentes, grotescas.

—¿Hasta cuándo? —gritó agarrándose al asiento de delante, enroscándose en él porque las piernas no le sostenían—. ¿Hasta cuándo tendré que aguantar esta mierda?

Hubo un fundido en blanco en la pantalla y unas letras negras emergieron de las profundidades.

—«Sesión continua» —leyó.

Y cuando los veinteañeros aparecieron de nuevo, gritó. De pie, con los ojos desorbitados y la boca desencajada, gritó con todas sus fuerzas, con todo el terror que le invadía. Pero su voz solo fue un silencio más en la sala de cine.

Sueños en una botella

Extendió el brazo y su mano acarició la soledad de las sábanas; el tacto frío en los dedos le hizo girar la cabeza.

—¿Francesca? —murmuró somnoliento. La intensa luz que se adentraba en el dormitorio a través de la ventana, le forzó a parpadear—. ¿Qué hora es?

Con trabajosa lentitud se sentó en el borde de la cama. Mientras que con una mano se frotaba el rostro, con la otra trasteó por la superficie de la mesita de noche en busca de su reloj de pulsera. Los dedos chocaron contra algo que rodó con un lento rumor. Miró y vio una botella de cristal rodar hacia el borde del mueble. Era de tamaño mediano, transparente, con un corcho blanco por tapón y en su interior guardaba un puñado de arena fina y blanquecina. Detuvo su movimiento y con el mismo gesto indiferente agarró el reloj y consultó la hora. Los dígitos marcaban las siete de la mañana y eso le resultó extraño. Había mucha luz en la habitación, una luz resplandeciente, cálida, acariciadora, más propia de un veraniego mediodía en la playa que de un amanecer otoñal en plena metrópoli.

Tiró el reloj sobre la mesita de noche; era evidente que no funcionaba bien.

—Genial —gruñó, levantándose—. Ahora llego tarde al trabajo.

¿Y Francesca? ¿Y los niños? ¿También se habían quedado dormidos?

—¡Francesca! —llamó, sin obtener respuesta—. ¿Por qué no me has despertado?

Salió al pasillo. Allí también brillaba el sol. Se colaba por el largo tragaluz del techo y era tanta la claridad, que resultaba molesto. Al llegar frente al dormitorio del pequeño de la familia, se asomó dentro. Las sábanas revueltas, los peluches desperdigados por el suelo; torció los labios en un gesto de resignación, aquello era lo habitual en el inquieto Miles.

—¡Niños! —Miró en el cuarto de Abby. Su cama también estaba vacía y deshecha, aunque a diferencia de su hermano, Abby prefería el orden y todos sus juguetes formaban con marcialidad en las estanterías—. ¿Estáis desayunando?

Fue hacia la cocina. Al empujar la puerta de vaivén, el resplandor del sol le hizo guiñar los ojos. Las formas de muebles y objetos se difuminaron y

por un instante todo dentro de aquella estancia fue una amalgama de luz y colores. Cuando su visión se adaptó a la profusión luminosa, distinguió sobre la mesa los restos de un copioso desayuno.

—Pero... —Desconcertado, se rascó la cabeza—. ¿Desayunan y se marchan sin despertarme? ¿Qué mosca le ha picado a Francesca?

Fue hacia el frigorífico y al ir a abrir la puerta, su vista recayó sobre un trozo de papel sujeto a la nevera con un imán en forma de palmera. En él, Francesca había escrito con su delicada y firme letra: «Cariño, recuerda que el martes llevo yo a los niños al colegio». El garabato de un corazón hacía las veces de firma.

—¡Ah, sí! —Sacó un tetrabrik de leche de la nevera y se sentó a la mesa—. Hoy es martes.

Se sirvió la leche en la taza de Abby y bebió con tranquilidad mientras observaba una botella de cristal con tapón de corcho tumbada en la mesa, entre la caja de cereales, la bolsa de pan de molde y el paquete de galletas con muesli.

—¿Hoy es martes? —dudó—. Qué extraño. —Bebió un par de sorbos sin perder de vista la botella—. No recuerdo que ayer fuera lunes. De hecho, no recuerdo qué día fue ayer.

Alargó la mano e hizo rodar la botella adelante y atrás. La arena que contenía rodó lanzando algunos destellos dorados.

—Pero sí recuerdo...

Recorrió con la mirada su entorno. Se detuvo en los vasos y platos haciendo equilibrio en el fregadero, en la maceta de geranios sobre el alfeizar de la ventana con sus tres rojas flores recién abiertas, en el periódico doblado en dos en la esquina de la mesa, manchado de mermelada, en el desordenado estante de las especias, en las migas de pan sobre la encimera, junto a la tostadora; en el conejito de peluche de Miles tirado bajo la mesa, en la nota pegada en la puerta de la nevera.

—Todo esto... Lo recuerdo. Ya lo he visto antes. ¿Estoy sufriendo un *déjà vu*? —se preguntó.

Sonó el teléfono. Su repentino timbrado no le sobresaltó, sabía que iban a llamar. Con la botella en la mano se levantó para coger el inalámbrico, que se hallaba en la encimera. Titubeó unos segundos antes de descolgar, sabía lo que iba a escuchar.

—¿Diga?

Una voz habló; alguien decía sentirlo mucho. Sentía darle aquella noticia sobre un camión y un camionero ebrio, y muchas víctimas inocentes.

La botella resbaló de sus dedos, cayó despacio y se hizo añicos contra el suelo sin hacer ruido. Los fragmentos de cristal salieron despedidos en silencioso vuelo, la arena voló centelleando bajo la luz del sol.

Se despertó de golpe, sudoroso, con un lamento estrangulado en la garganta.

—Cariño, ¿qué pasa?

Con un rápido movimiento se incorporó. Miró a su mujer, tumbada a su lado sobre una toalla, y a sus hijos, que jugueteaban al borde del mar tratando de esquivar las lentas olas que lamían la orilla. Confuso, contempló el lugar, las palmeras en el extremo de la playa, la vieja barca de pescadores, la tostada arena.

—¿Estás bien? —preguntó Francesca.

Giró el cuerpo y apoyándose en el antebrazo, contempló a su marido. Lucía en la cabeza una pamelita, vestía un reducido bañador y entre las manos sostenía un libro.

—¿Un mal sueño?

—Una pesadilla. —Alzó el rostro hacia el cielo, con la mano como visera para protegerse los ojos; el sol brillaba en lo más alto con una intensidad acogedora y deslumbrante—. La de siempre. La casa está vacía. La cocina desordenada. Tú y los niños no estáis. Y entonces la llamada...

Francesca acalló sus palabras acariciándole el rostro, consoladora.

—Solo es un sueño. Nada más. Tus hijos están bien, yo estoy bien. ¿Ves?

Asintió, abstraído. Se puso en pie y respiró hondo. El aire olía a mar y algas, y el sabor a sal le cosquilleaba en el paladar. Sintió el calor del sol sobre su torso desnudo, escuchó las risas de sus hijos, el susurro de las hojas de palmera agitadas por la brisa marina. Sí, había sido un sueño, claro que sí.

Se encaminó hacia la orilla. A cada paso los pies se le hundían en la cálida arena. Deteniéndose donde las olas rompían, mansas y espumosas, observó la línea infinita del horizonte, y el océano, semejante a una inmensa alfombra turquesa, que se desplegaba ante él.

«¡Qué paz!», pensó. «Es perfecto».

Bajó la vista. Las olas alcanzaban sus pies y se retiraban, una y otra vez. Y una y otra vez arrastraban un objeto cilíndrico envuelto en espuma que

tintineaba al rodar sobre guijarros y conchas. Se inclinó para recogerlo y el agua le enfrió los dedos cuando se cerraron alrededor de la botella. Contempló la arena en su interior, blanca, muy blanca, salpicada de doradas motas que chispeaban bajo la luz del sol.

—Un sueño —musitó, acometido por un repentino y helado estremecimiento.

Y al girar la cabeza vio a su mujer sentada en la arena, sonriéndole con su tranquilo optimismo, y a sus hijos corriendo por la playa persiguiéndose entre risas y gritos, y todo envuelto en la luminosidad plácida e irreal de los sueños.

Abrió la mano y dejó que la botella resbalara de entre sus dedos. Las aguas se la tragaron mientras él abandonaba la orilla para reunirse con su familia.

La Casa del Terror

—Esta tarde toca ir otra vez a la Casa del Terror —le susurró Octavio en el oído al pasar por su lado, con ese placer impreciso que todo hermano mayor saborea cuando hace uso de su inherente derecho a incordiar a la hermana pequeña.

No fue el aliento caliente en su oreja ni el cosquilleo de sus palabras lo que hizo estremecer a Marie, sino el recuerdo de aquel lugar. El vello de los brazos se le erizó y en la nuca notó la desagradable sensación de unos dedos helados toqueteándole el nacimiento del pelo.

—¡Mentira!

Octavio tomó el mando de la consola del estante bajo la televisión y se sentó en el suelo dando la espalda a su hermana.

—Qué más quisieras tú, cagona —replicó con hastío, sin mirarla, para que quedara patente su absoluta despreocupación hacia ella y sus miedos.

Marie se encogió sobre sí misma y enroscó su cuerpecito infantil en un rincón del sofá; los muslos contra el pecho, los brazos aferrados a las piernas, los ojos muy abiertos, asomando por encima de las rodillas.

—Mentiroso —dijo muy bajito, y luego, aún más bajo—: No quiero ir...

Octavio no la escuchó, succionado por ese otro mundo de realidades ficticias que asomaba a través de la pantalla plana del televisor. O quizás no quiso escucharla.

La niña miró por la ventana sin alzar la cabeza. Llovía. La oscuridad de la noche estaba ahí, detrás de la densa cortina de agua, y también la mortecina luz de las farolas y los faros de los coches que rompían la monotonía de las gotas de lluvia con ráfagas lentas y trémulas.

Aquel mediodía en que Marie visitó por primera vez la Casa del Terror, también llovía y mucho.

No sabía cuánto tiempo hacía de aquello, solo tenía seis años y a esa edad uno no se inquieta aún por el transcurrir de los días y los deja irse sin prestar mayor atención; pero tenía la certeza de que había sido después de las últimas navidades, porque llevaba consigo a Skelita, una muñeca con cuerpo de esqueleto y rostro de calavera con reminiscencias mexicanas, regalo de Papá Noel. La acunaba entre sus brazos mientras el coche rodaba por una carretera secundaria jalonada de abandonados polígonos

industriales, con el chirrido del frenético ir y venir de los limpiaparabrisas, la melodía machacona de la consola portátil de Octavio y el silencio espeso de sus padres flotando en el interior del vehículo. La calefacción estaba encendida, expeliendo vaharadas de calor y olor a goma quemada, y las ventanillas se habían empañado, por lo que Marie no pudo ver dónde se hallaban cuando el coche frenó despacio hasta detenerse. Su madre se volvió entonces hacia ellos desde el asiento del copiloto y, apuntando a Octavio con un dedo admonitorio, dijo:

—Tú ya sabes lo que hemos hablado, así que compórtate. Y tú. —Miró a Marie frunciendo sus depiladas cejas negra—. Y tú —repitió, sin tener en realidad nada que decirle.

—No deberíamos haberla traído —intervino el hombre, mirando a su hija a través del retrovisor. En un tono más bajo que pretendía ser confidencial, añadió—: No es lugar para niños. Y Marie es tan impresionable.

—¡Bah! —La mujer volvió a acomodarse en su asiento—. Tú que la proteges demasiado. Anda, vamos para adentro, que cuanto antes lleguemos antes nos iremos.

Marie se apresuró a limpiar el vaho de su ventanilla a tiempo de distinguir entre las gotas de agua que salpicaban el cristal y las que caían, un muro bajo rematado con una verja terminada en puntas de lanza. La verja era vieja y el muro habría tenido mejor aspecto si la capa de pintura blanca no se hubiera caído en algunas zonas y en otras no estuviera plagada de humedades.

El coche avanzó por un camino de grava que dividía en dos una pequeña extensión de terreno constreñida dentro del muro, y que antaño debió de haber sido un hermoso jardín. Unos pocos árboles, raquíticos, despojados de hojas, salpicaban el lugar; el césped o lo que quedaba de él, consistía en manchas de malas hierbas que brotaban aquí y allá entre calvas de tierra convertidas por la lluvia en lodazales. Había algunos bancos de forja dispersos sin orden ni concierto y en un lateral, vestigio de una época más esplendorosa, la reliquia de un cenador del que solo quedaba un esqueleto herrumbroso y un techo cónico de madera carcomida.

Marie pegó la nariz al cristal y miró con atención aquella estructura que le recordaba remotamente al lugar donde, en los cuentos de hadas, las princesas se besaban con los príncipes. Creyó ver en su interior una figura, una forma compacta y oscura, tal vez una mujer o un hombre cargado de hombros, con la cabeza hundida y el cuerpo embutido en ropas negras. El

camino formaba una cerrada curva que los acercó al cenador y entonces la figura se hizo más definida y Marie logró distinguir a través de la lluvia un semblante ceniciento y blando, unos ojos como pozos y una mano sarmentosa y ganchuda subiendo y bajando en un gesto que expresaba:

«Ven, ven».

A la niña se le cortó el resuello. Apartó de golpe la cara de la ventanilla y, para no ver nada más, cerró los ojos con tanta fuerza como pudo.

El vehículo frenó ante un edificio cuadrado de ladrillo visto, ventanales enrejados y techo a dos aguas invadido por una espesa capa de verdina. Bajaron con precipitación del coche y, guarecidos como les fue posible bajo dos paraguas, subieron la escalinata que llevaba hasta una puerta sin más ornato que una abertura para las cartas. Mientras su madre pulsaba con insistencia el timbre, Marie asomó con cuidado la cabeza fuera del paraguas que su padre sostenía. Algo en una de las ventanas de la primera planta captó su atención: era un rostro arrugado, pálido como el de un muñeco de cera e igual de inmutable. Las mejillas, pliegues gruesos de carne, le colgaban grávidas a los lados de la boca. Una pelusa etérea y blanquecina le coronaba la testa, y un par de ojos nebulosos asomaban bajo unas peludas cejas. Aquellos ojos miraban, sin ver, hacia el infinito, hasta que de repente, como empujados por un resorte, giraron, clavándose en Marie con ansia. La niña se agarró con pavor a las piernas de su padre justo cuando su madre, cansada de llamar a un timbre al que nadie respondía, probaba a empujar la puerta.

—Lo que me faltaba por ver —se quejó al descubrir cómo se abría sin hacer ruido. Se apresuró a plegar el paraguas y a entrar seguida del resto de la familia—. ¿No cierran con llave? Menudos incompetentes.

Se detuvieron en mitad de un vestíbulo de baldosas ajedrezadas; las losetas blancas amarilleaban bajo la luz de los fluorescentes que pendían del techo. A los lados había puertas cerradas y al frente un solitario mostrador.

—Como siempre no hay nadie para atendernos. —La mujer se dirigió hacia la escalera que partía desde el lateral derecho, dejando en el suelo la huella húmeda de sus zapatos planos—. ¡Qué asco de sitio!

—Tú lo escogiste —le recordó el hombre, que por fin había logrado soltarse del abrazo temeroso de su hija y siguiendo los pasos de su mujer, forcejeaba para hacer retornar el paraguas a su diminuto tamaño original.

—¿Y de quién es la culpa de que no podamos pagar algo mejor para mi padre?

Le miró por encima del hombro, beligerante, retándole a negar la veracidad de sus palabras. El hombre amagó una réplica que murió en sus labios cuando Marie tiró de la pernera de su pantalón.

—No me gusta esta casa —dijo. Se detuvo en el descansillo del primer tramo, apretando la muñeca contra su pecho y arrugando la nariz—. Huele raro.

—No es nada.

Su padre, que de igual manera percibía el olor a verduras hervidas y desinfectante que rezumaba de las paredes, le palmeó la cabeza y continuó ascendiendo.

Octavio se inclinó hacia ella al pasar a su lado.

—Es el olor de los muertos vivientes —le dijo con voz hueca y lúgubre.

Marie soltó un chillido y comenzó a dar nerviosos saltos, gritando: «¡Quiero irme! ¡Quiero irme!», mientras su hermano se carcajeaba doblado en dos. Como resultado de la broma, Octavio recibió de su madre un guantazo en la nuca y a Marie la sentaron en los primeros peldaños de la escalera.

—Será mejor que te quedes esperándonos aquí —decidió su padre, tras contemplarla unos instantes.

—¡No! —lloriqueó sin lágrimas—. Tengo miedo...

—¡Por Dios, Marie! Déjate de pamplinas —le exigió su madre—. Esto es por tu culpa —añadió, zarandeando a un sonriente y satisfecho Octavio.

—No vamos a tardar mucho. Si algún empleado te pregunta, dile que eres la nieta del señor Salazar y que hemos venido de visita. —Mientras subía de nuevo las escaleras junto a su mujer y su hijo, rezongó malhumorado—. Ya dije que no era lugar para ella.

Marie los vio desaparecer por el corredor de la primera planta y después cerró los ojos apretando mucho los párpados. A falta de su cama y de una manta bajo la que cobijarse, cerrar los ojos se le planteaba la mejor alternativa para protegerse de su propio miedo. Pasados unos minutos, que su mente contabilizó como horas, el sonido de unas bisagras mal engrasadas le hizo contener la respiración. Hubo un silencio extraño y después escuchó el arrastrar de unos pies acompañado de unos sordos jadeos. Se aferró a su muñeca como a un salvavidas y se hizo pequeña encogiéndose sobre sí misma. A medida que los pasos se aproximaban, lentos y cadenciosos, y que la respiración jadeante se volvía más áspera, notó una oleada de calor

húmedo subirle por la espalda y cómo el corazón le crecía en el pecho hasta sentirlo palpar en la garganta. No veía quién o qué se acercaba, pero imaginó una forma oscura, un rostro muerto, unos ojos girando sin control en sus órbitas y una mano tendida hacia ella. Percibió un tufillo como a galletas rancias, que le hizo arrugar los labios asqueada. De repente, un escalofrío le recorrió de pies a cabeza y supo, sin ninguna duda, que aquel «algo» tenía la mano levitando sobre su cabeza.

Su gemido tras los labios cerrados sonó como una sirena de ambulancia. Se giró y casi a gatas, rápido, tanto que por poco pierde la muñeca, subió las escaleras sin mirar atrás. Llegó a la primera planta y corrió por el largo corredor de paredes de color amarillo marchito y puertas blancas y, sin pensar más que en encontrar a sus padres, se coló por la primera que vio entreabierta.

La habitación que invadió a trompicones era una estancia amplia y rectangular, que la luz mortecina que se colaba a través de tres ventanales situados en la pared de la izquierda, hacía poco acogedora. Había numerosas sillas, algunos sofás y un par de sillones, ocupados por una decena de personas; y también un viejo piano de pared.

Marie se detuvo de golpe, sobresaltada por unos gritos tan repentinos, tan inesperados, que buscar el origen de tales chillidos fue lo único que acertó a hacer. Recorrió con la vista el lugar sin entender lo que veía, sin comprender por qué los hombres y mujeres de aquella habitación daban la impresión de no saber dónde estaban; por qué los que paseaban de aquí para allá no parecían tener un rumbo fijo; por qué la mujer sentada al piano contemplaba las teclas como si tuviera miedo de tocarlas, por qué todos eran viejos.

—¡Quiero irme a mi casa! ¡Quiero irme a mi casa! ¡Esta no es mi casa!
—gritaba un anciano calvo y de miembros famélicos mientras forcejeaba sin fuerza con un joven embutido en un uniforme blanco de sanitario.

—Esta ahora es su casa, señor Martínez —replicaba el sanitario en un tono de hastiada paciencia, sujetándole sin esfuerzo los brazos que el anciano sacudía—. Cállese o se hará daño.

—¡Quiero irme! —El hombre comenzó a sollozar y unas lágrimas rodaron por su ajado rostro—. Por favor, deje que me vaya.

Marie nunca había visto llorar a un anciano. Sintió pena. Una especie de nudo le apretó la garganta y la visión se le volvió borrosa cuando las lágrimas acudieron a sus ojos. Ella también quería irse, quería encontrar a

sus padres e irse. Miró de nuevo a su alrededor; se fijó en las confusas expresiones de la mayoría, en los rostros vacuos y las miradas perdidas de unos, en los gestos imprecisos, inexplicables de otros. Escuchó, a través de las súplicas del anciano y las desganadas palabras de consuelo del sanitario, las conversaciones que algunos tenían consigo mismos, con la pared, con el vacío; a la mujer del piano que repetía una y otra vez con lenta y monótona voz: «¿Cómo empezaba?».

Una anciana gruesa, vestida con un amplio chándal verde, se detuvo ante Marie. Al instante la niña reconoció el rostro descolgado, los etéreos cabellos coronando su cabeza, las cejas boscosas, las pupilas empañadas, ausentes, que había visto tras el cristal de una ventana. Sintió tal terror que no acertó a moverse ni a gritar, ni siquiera cuando la mano temblorosa y casi transparente de aquella mujer agarró su muñeca y se la quitó para acercársela al rostro.

La anciana parpadeó despacio y el velo nocturno de sus ojos se tornó menos espeso. Se le tensaron las arrugas y los labios adoptaron un ángulo semejante a una sonrisa delgada que dotó de vida a la máscara absorta que era su rostro.

—Me gustan las muñecas... —dijo, con una voz dulce—. Tenía muchas cuando era pequeña. —Miró a Marie, que se mordía los labios y lloraba en silencio—. No te conozco, ¿verdad?

La niña sacudió la cabeza con mucha fuerza y alzó un poco las manos hacia la mujer. Esta suspiró y le tendió de nuevo la muñeca que Marie se apresuró a quitarle.

—Ya no sé a quién conozco y a quién no —musitó la anciana—. No recuerdo cómo eran mis muñecas. No me acuerdo de cómo se llama mi hija. No sé si tengo una hija... —Se le crispó el rostro en un gesto de horror y se cubrió la boca con los puños apretados—. ¡Vete! —le gritó a Marie, que dio un respingo y se puso a sollozar ruidosamente—. ¡Vete! Antes de que te roben la memoria como a mí. ¡Huye!

Cada vez que Marie recordaba su encuentro con aquella anciana, el miedo en su dulce voz, la expresión aterrada de su rostro y sus gestos de pánico, volvía a asaltarla el mismo pavor espeso que la empujó a salir corriendo llamando a gritos a sus padres, la misma sensación de ahogo en el pecho. Durante varias noches, después de aquel día, tuvo pesadillas en las que la anciana se presentaba en su habitación con unas tijeras grandes y deformes, gritándole que venía a robarle la memoria.

No quería volver a la Casa del Terror. No quería reencontrarse con el misterio de los rostros que había contemplado, con la profundidad de sus miradas perdidas, con el miedo que podía percibir emanando de aquellos ancianos. No quería descubrir si era verdad que en la Casa del Terror robaban la memoria.

Bajó con cuidado del sofá, evitando llamar la atención de su hermano. Corrió hacia su cuarto y cogió su muñeca Skelita de encima de la cama, donde reposaba con la cabeza reclinada sobre la almohada. La olfateó aspirando con fuerza. Al regresar de la Casa del Terror, había tenido que bañarla a conciencia para poder quitarle el olor repelente de aquel lugar, que se le había quedado adherido al cuerpo y la ropa; desde entonces, la olía a menudo para asegurarse que el tufo a muertos vivientes no había regresado.

Fue hacia la cocina, donde sabía que se hallaba su padre leyendo el periódico. Se aproximó a él despacio y lo observó durante un rato hasta que el hombre se percató de su presencia.

—¿Qué quieres, Marie? —le preguntó, sin apartar la mirada del periódico que descansaba sobre la mesa.

—No quiero ir.

—¿A dónde?

—A la Casa del Terror.

El hombre suspiró girando la cabeza hacia ella.

—Ya ha hecho tu hermano de las suyas, ¿verdad?

Marie arrugó la boca en un mohín pero no dijo nada.

—Está bien, ven aquí. —La tomó por la cintura y la sentó sobre sus piernas—. Ya te lo expliqué, ¿recuerdas? No es un lugar malo, sino una residencia. En ella viven personas que están enfermas.

—Como el abuelo.

—Como el abuelo.

La niña apoyó la cabeza en el pecho de su padre y este rodeó con los brazos su cuerpo, en un gesto cariñoso.

—Al abuelo también le robaron la memoria.

—No se trata de eso, Marie, es su enfermedad, que le hace olvidar las cosas importantes.

—Cuando yo sea vieja, ¿también olvidaré las cosas importantes? —inquirió con un hilo de voz. Apretó la muñeca entre las manos y alzó sus asustados y húmedos ojos para mirar a su padre—. ¿Yo también olvidaré a mis muñecas?

El hombre notó una tensión desagradable en los miembros y cómo se le secaba la boca. Se supo impotente, inútil, insignificante. ¿Cómo contestar a semejante pregunta? ¿Con la clásica mentira de padre? «¡Claro que no, hija mía, a ti no te sucederá nada malo!». Pero él sabía que sí le podía ocurrir algo malo. Que siendo hija, nieta y biznieta de quien era, tenía más posibilidades que otros de que una siniestra enfermedad le emborronara la mente hasta hacer desaparecer de ella familia y amigos; una enfermedad que arrebatara los recuerdos buenos y malos, los preciosos instantes acumulados durante toda una vida. Sabía tanto como temía, que su hija, más que otros, corría el riesgo de pasarse sus últimos años de vida preguntándose quién era.

—Tú no cariño. A ti no te ocurrirá eso, te lo prometo.

Marie contempló el rostro de su padre. Vio su sonrisa cariñosa, su mirada paciente, tranquilizadora... y detrás de todo eso, la mentira, tan clara, tan evidente, tan aterradora. Y por primera vez en su corta vida, Marie supo lo que era sentir auténtico miedo.

Dos caras de una misma moneda

Marta lo miró con fijeza o al menos lo intentó. No lograba enfocar bien la vista. Las líneas del rostro de Alfonso, sus rasgos, se diluían, fluctuaban como un reflejo líquido en la superficie caldeada de una carretera. De repente se angustió, no por la posibilidad de que algo estuviera afectando a sus ojos, sino por el temor de que, tal vez, no podría volver a contemplar su rostro.

«¿Y qué si es así?», se preguntó, vaciándose de la repentina desazón con la misma celeridad con que esta se había apoderado de su ánimo. «¿No es eso, precisamente, lo que llevo tiempo deseando?». Se tocó la cara y notó en los dedos una sustancia líquida y pegajosa que le corría por la frente y las mejillas. «Sangre», dedujo sin que ello le inspirara ninguna emoción.

Se sentía desorientada, y el tufo a gasolina que le embotaba la nariz y la garganta hacía que su confusión empeorara. Rememoró con dificultad las vueltas de campana que había dado el coche al salir sin control de la cerrada curva. Era posible que, además de la herida que causaba aquella lenta hemorragia, tuviera algunos huesos rotos, aunque, por extraño que resultara, su cerebro no recogía ninguna señal de dolor.

Con los puños cerrados se restregó los párpados; ahora distinguía a Alfonso con un poco más de nitidez. La estaba mirando. Sus ojos, desorbitados, la taladraban anegados de terror. Vio sus labios moverse, pero sin alcanzar a captar sus palabras. No supo si la razón era que sus oídos le fallaban o que a él le fallaba la voz; tampoco le inquietó ignorarlo. En realidad, lo que pudiera estar diciendo le traía sin cuidado.

«¿Me trae sin cuidado?», se extrañó.

Sí, porque Marta ya no amaba a Alfonso.

Aunque lejanamente consciente de ello, Marta no era capaz de establecer cuándo el amor, ese amor único, pasional, ciego, incuestionable, que a sus veinticinco años le apresó como un cepo el corazón haciéndole soñar con un futuro en común igual al de los enamorados de novela rosa, siempre juntos, siempre comprensivos, siempre deseándose, había comenzado a licuarse entre los resquicios de la rutina, del hastío de una relación cimentada en la fútil seguridad de que compartía sueños y esperanzas con el hombre que amaba. Tal vez sucedió la primera vez que Marta notó la

indiferencia de Alfonso ante sus elaborados planes de futuro, o en la época en que empezó a intuir el creciente aburrimiento de este en la cama. Quizás cuando se percató de que su marido prefería trabajar hasta tarde en la oficina en vez de regresar al hogar, las salidas con compañeros a las escapadas con ella los fines de semana. Cuando advirtió las miradas distraídas que le dirigía a otras mujeres más jóvenes, menos cotidianas.

Trató de levantarse e inclinó el cuerpo hacia delante. Un vértigo borroso inundó con salvaje virulencia su cabeza. Apoyó las manos en el asfalto para no caer de bruces y los pedazos de cristales rotos y metal que salpicaban la carretera se le clavaron en la carne. Unos zumbidos rebotaron dentro de su mente con violencia y sus sentidos despertaron de golpe; hasta la última terminación nerviosa se tornó en un vértice infinito de dolor. Sus miembros se estremecieron con brusquedad, gritó y su propia voz desgarrada le reverberó en los oídos hasta que unas incontenibles náuseas amordazaron el descontrolado alarido.

Enmarcado en el silencio sepulcral que siguió al estertor de sus arcadas, escuchó un cercano chirrido intermitente. Atontada, levantó la cabeza tratando de identificar su origen. Vio que una de las ruedas del automóvil, que descansaba panza arriba sobre el aplastado techo, haciendo equilibrio en el suave terraplén de la cuneta, seguía girando con una lenta y escalofriante lentitud.

—Marta... —oyó que la llamaban.

Alfonso permanecía en la misma posición: el torso asomando por la destrozada ventanilla del conductor, la sangrante cabeza apoyada en el suelo, un brazo extendido hacia ella, como el de un suplicante mendigo, el otro doblado bajo su cuerpo en una postura imposible.

—Ayúdame... —gimió, y borbotones de sangre brotaron de su boca salpicando el asfalto.

Un aletargado rescoldo de afecto se avivó en lo más profundo de Marta instándola a gatear por el suelo hasta el hombre, a pesar del dolor sordo de sus miembros, de la sensación vertiginosa que se inyectaba en su cerebro cada vez que movía la cabeza. Con torpes gestos le pasó las manos por debajo de las axilas y agarró sin fuerza los brazos. Le escuchó gemir y llorar tan dolorido como asustado, pero no fue eso lo que la hizo cambiar de opinión y detenerse, sino los recuerdos que, inoportunos, la asaltaron.

Sin pretenderlo, Marta rememoró los muchos gestos desairados, las palabras hirientes, las miradas despectivas protagonistas de su relación

desde hacía tiempo. Revivió los silencios interminables cargados de reproches, las cenas preparadas para dos que solo ella consumía, las muchas noches esperando su regreso, huérfana en una cama que se había vuelto un erial. Evocó las inútiles excusas, las acusaciones esgrimidas por ambos, la rabia, la incomprensión, las mentiras egoístas, los reproches afilados e hipócritas. Reconoció el odio navegando libremente por sus venas, ese que había crecido a la sombra menguante del amor, y soltó los brazos de Alfonso.

—Ayuda... —suplicó, tratando de asir el pantalón de Marta.

Sin prestar atención a los desvaídos gestos del hombre, se sentó en el suelo apoyando la espalda en el lateral del vehículo.

—Por favor... Marta —musitó, sus estrábicas pupilas giraban sin rumbo tratando de hallarla.

—Te dije que ibas demasiado deprisa —le acusó, la voz ronca, agotada. Apoyó la frente en la palma de la mano—. Te lo dije. Pero tú ni caso. ¿Para qué? Piensas que escucharme es una pérdida de tiempo. Nada de lo que digo te importa. Podría desaparecer y tú ni te enterarías. O quizás sí. Quizás es lo que estás esperando, que me rapten o me muera o me tire de un puente, que salga de tu vida sin que tú tengas que ensuciarte las manos. Porque para afrontar en lo que nos ha convertido el amor, hacen falta más cojones de los que tú tienes.

—Por favor...

Marta contempló su rostro, desfigurado por el dolor y los cortes producidos por los cristales rotos del parabrisas; no le pareció el mismo, pero lo era. Debajo de la sangre y el sufrimiento, estaba el hombre que había llegado a odiar tanto como amó.

Tanteó el suelo hasta que su mano chocó con un trozo de algo que podría haber sido un trozo del tubo de escape. Lo agarró sin mirarlo; era un poco pesado, pero fácil de manejar.

«Después de tanto amor y tanto odio...», recapacitó. Después de tanto amor y tanto odio, no le quedaba más que aceptar que ambas cosas eran inseparables.

No se levantó. Sentada como estaba descargó un primer golpe, flojo y sin puntería, que aun así dio en el blanco con un chasquido blando y arrancó al hombre un prolongado lamento. Hasta el cuarto no consiguió ser lo suficientemente eficaz. Cerca del vigésimo se le agotaron las fuerzas o la voluntad, y el cilindro resbaló de sus dedos.

Ahora, lo que tenía ante sí era una mezcla sanguinolenta de carne y huesos, silenciosa, una irreconocible masa informe de dientes rotos, globos oculares reventados y carne machacada que nada le inspiraba, ni repugnancia ni lastima ni remordimiento, ni siquiera satisfacción.

Le pareció escuchar el sonido de un lejano motor acercándose y, con esfuerzo, apoyando la espalda en el coche y empujándose con las manos, se fue incorporando.

En su mente y de forma mecánica, comenzó a redactar su declaración.

«Amor y odio, señor juez, las dos caras de una misma moneda. Si no le hubiera amado no le habría odiado. Por eso está muerto».

La vista se le nubló y sintió lágrimas rodar calientes por su sucio rostro. Se preguntó si la causa de su llanto era una herida en los ojos o tal vez en el alma. No dio con la respuesta y de todos modos, ya daba igual.

Soñar te hará libre

Había una vez un mundo imperfecto en el que existía un lugar, semejante a muchos otros, donde los hombres ejercían sobre las mujeres un poder que creían merecer. Respaldados por obsoletas tradiciones, protegidos por leyes indignas, alentados por un injustificado orgullo, robaban a la mujer con total impunidad su derecho a ser libre. Sin vergüenza denigraban su cuerpo, su mente, su alma. Sin remordimientos, le arrancaban la vida.

Una noche, los hombres de aquel lugar tuvieron un mismo sueño: soñaron que las mujeres eran sus iguales. En él las vieron caminar desnudas, danzar, sonreírle a la luz que bañaba sus cuerpos. Oyeron sus gritos de júbilo, sus risas, escucharon sus voces entonando canciones. Se contagiaron de la felicidad que la libertad insuflaba en sus almas.

Al amanecer, todos los hombres de aquel lugar despertaron del mismo sueño y esa mañana, promulgaron una nueva ley.

A las mujeres se les prohibía soñar.

Otros títulos publicados

Juegos de Seducción

Juegos de Amor

De amor y otros pecados

En busca de la Bella Durmiente

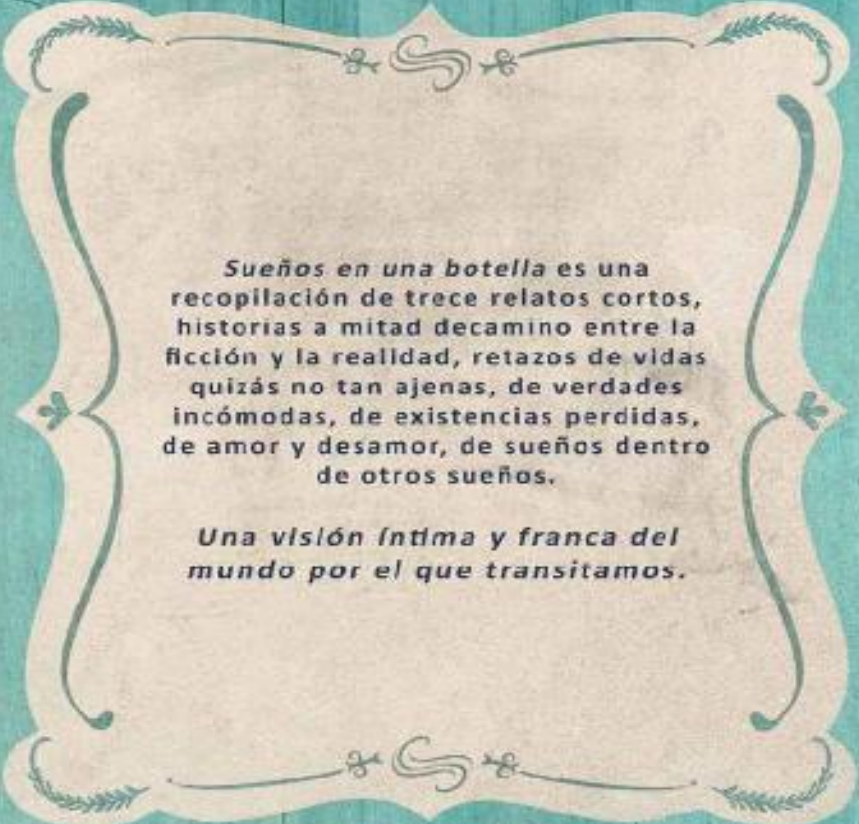

Océanos de sangre

Balada de amor para un soldado

Ese deliro llamado amor

Twitter: @Nut__

Facebook: Nutescritora



Sueños en una botella es una recopilación de trece relatos cortos, historias a mitad de camino entre la ficción y la realidad, retazos de vidas quizás no tan ajenas, de verdades incómodas, de existencias perdidas, de amor y desamor, de sueños dentro de otros sueños.

Una visión íntima y franca del mundo por el que transitamos.

